



Entre Odios y Estrellas

Mi superhéroe

MARÍA CAÑIZARES

ENTRE
ODIOS
Y
ESTRELLAS

A mi Manuel y su niña.

INDICE

[Cambios](#)

[Comienzos](#)

[Sintiendo](#)

[Choques](#)

[Duele](#)

[Pequeñas Cosas](#)

[Roto](#)

[Muerte](#)

[Final](#)

[Acerca de la Autora:](#)



CAPÍTULO 1

CAMBIOS

Tienes todos los días de tu vida, toda una vida por delante... pero ¿cuántos días son esos? ¿Cuánto tiempo tienes realmente? ¿Y si creías que tenías más del que tuviste? ¿Qué harías ahora si no hubiera un mañana? Quizá debas hacerlo...



Alba estaba en la parada del autobús, un lugar poco concurrido en las afueras del pueblo. La parada era una estructura simple, con un banco de metal desgastado por el uso y un techo de plástico traslúcido que apenas protegía de la lluvia. Había visto, impotente desde los escalones de la entrada del instituto, irse al último autobús, por lo que sabía que aún le quedaba como una hora para que apareciera el próximo. El instituto, un edificio de ladrillo antiguo con grandes ventanales, estaba a pocos metros, ahora vacío y silencioso, sus pasillos desprovistos del bullicio habitual de los estudiantes.

Alba siempre llevaba el cabello suelto, y su sonrisa parecía iluminar el entorno, como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo. Sin embargo, en ese momento, su expresión reflejaba cierta frustración mientras observaba la calle vacía. Se recolocó nuevamente su larga melena y volvió a sentarse en la parada del autobús.

Sin esperarlo, frente a ella, en su reluciente moto, apareció su vecino, el hermano mayor de su mejor amigo: Manuel Ortega. Manuel, unos pocos años mayor que Alba, era un chico guapo y seguro de sí mismo al que conocía desde siempre. Tenía el cabello moreno y unos ojos negros que parecían brillar con una chispa de malicia y diversión. La moto era una Yamaha negra, con cromados brillantes que reflejaban las últimas luces del atardecer.

—Hola, pecosa—le sonrió parando la moto delante de ella—Te he visto correr, qué mala pata ¿no?

—No soy pecosa, no tengo pecas—protestó Alba, como hacía cada vez que él la llamaba así.

—Yo sé que sí—le guiñó un ojo Manuel, como también solía decirle siempre que ella le daba esa respuesta, a lo que ella soltó un resoplido de protesta, poniendo los ojos en blanco y bufando.

—¿Te vienes? —le preguntó.

—No—dijo ella molesta.

—Pero ¿por qué, pecosa? —preguntó Manuel extrañado—Si tengo otro casco—dijo señalándose.

—Ya lo sé, pero no, gracias—volvió a negar Alba.

—¿Pero por qué no? ¿Prefieres esperar una hora? —seguía extrañado el chico.

—Sí, gracias—insistió Alba.

—¿Es que te dan miedo las motos? —preguntó aún sin comprender.

—No—negó Alba—es que no quiero que me vean contigo—susurró bajito.

—¿Cómo? —se extrañó Manuel creyendo oír lo que Alba había dicho — ¿No quieres que te vean conmigo?

—Sí—admitió Alba—No quiero que me vean y digan que me voy contigo como... como las otras chicas, ya sabes... a lo que vas con ellas—dijo avergonzada mirando antes a un lado y a otro, a lo que Manuel rio a carcajadas.

—Alba, ¿tú me has visto alguna vez montar a alguien en mi moto? —preguntó tras dejar de reír.

La chica lo pensó durante unos momentos, tratando de recordar todas las veces en que debía de haber visto a Manuel con alguna vecina del pueblo en su moto. Alguna de esas chicas a las que llevaba a dar un paseo y luego lo que encartase. Pero no consiguió recordar a ni una sola.

—No—admitió sorprendida.

—Pues no te creas todo lo que oigas, pecosa — dijo Manuel y arrancando la moto tras ponerse el casco se marchó de allí.

Un rato más tarde, Alba había sacado su teléfono y unos apuntes y se había puesto a escuchar música mientras repasaba una lección de física. Por eso no oyó cuando la moto de Manuel volvió a detenerse frente a ella en la parada del autobús.

—¿Todavía aquí, pecosa? —preguntó el chico, pero Alba no le oyó, tenía la música bastante alta y estaba concentrada en su lectura.

—¡Pecosa! —gritó Manuel haciendo que la chica diera un bote del susto, para reírse a carcajadas de ella.

—Me has asustado—protestó Alba sacándose uno de los auriculares.

—Ya lo veo—sonrió Manuel—Te preguntaba si sigues todavía aquí—dijo aun sonriendo.

—¿No me ves, tonto? —preguntó Alba molesta poniendo los ojos en blanco.

—No hagas eso con los ojos que te pones muy fea, bueno qué, ¿te vienes o no? —preguntó el chico moviendo la cabeza para indicar la dirección que iba a tomar.

—Te he dicho que no—insistió Alba y se volvió a poner el auricular en la oreja.

—Cabezota—dijo Manuel y puso la patilla a la moto para levantarse.

El cielo se tornaba de un azul oscuro, con las primeras estrellas empezando a brillar tímidamente. El aire fresco de la tarde se volvía más frío con cada minuto que pasaba, y la calle, iluminada por las débiles farolas, comenzaba a vaciarse.

Manuel se acercó a Alba y tomó la mochila que había dejado a su lado y le quitó el libro para guardarlo.

—¿Qué haces? —preguntó Alba enfadada al ver cómo el chico se adueñaba de su mochila mochila y se la colgaba a la espalda.

—Te vienes conmigo, si mi madre se entera que te he dejado sola aquí de noche me mata—sonrió Manuel tendiéndole la mano. La chica no hizo ningún gesto para levantarse ni aceptar su ofrecimiento, sino que cruzó los brazos sobre el pecho en actitud de rechazo.

—Anda, vamos, si ya no hay nadie que te vea venirte conmigo—le guiñó.

Alba miró a ambos lados. Lo cierto era que empezaba a anochecer, el invierno se acercaba y las tardes eran cada vez más cortas. También era cierto que estaba allí sola de noche y Manuel tan solo le estaba ofreciendo llevarla a casa, de hecho, había vuelto por ella. Y era su vecino, el hermano de Mikel... No pasaba nada por irse con él.

—Con una condición—concedió sin descruzar las manos del pecho.

—¿Condiciones para que yo te haga un favor, pecosa? —sonrió Manuel divertido.

—Nadie te lo ha pedido, dame la mochila y vete—espetó Alba.

—Está bien, ¿qué quieres? —sonrió Manuel cruzando sus brazos sobre el pecho también.

—Que dejes de llamarme pecosa, no tengo pecas—se quejó de nuevo.

—Eso no es verdad—negó rápidamente el chico—pero bueno. Trato hecho, anda vamos, Alba, que empieza a hacer fresco y no llevas chaqueta—le guiñó.

Alba se levantó enfurruñada y Manuel se sentó en su moto, tras devolverle la mochila a la chica y darle un casco. Alba se subió tras él después de ponerse el casco y se abrazó a su cintura.

—Para conducir tengo que respirar—protestó Manuel divertido, fingiendo que se ahogaba y Alba aflojó su agarre. —Iré despacito, no te preocupes—dijo y arrancó acelerando muy bruscamente al principio, haciendo que Alba volviera a agarrarse fuertemente a él, lo que le hizo reír.

Cuando Alba vio que Manuel aflojaba el ritmo, soltó una mano con la que le dio un fuerte golpe en el brazo, haciendo que el chico volviera a reírse.

Una vez llegaron frente al edificio en el que vivían, un bloque de apartamentos de ladrillo rojo con balcones pequeños y barandillas de hierro, Manuel paró la moto delante del portal, para dejar a Alba antes de llevarla al garaje. Alba se bajó y le devolvió el casco.

—Gracias—dijo al dárselo.

—¿Cómo? —preguntó Manuel poniendo una mano tras la oreja como si no la hubiera oído.

—He dicho gracias, tonto—sonrió ella.

—De nada—sonrió Manuel—no ha sido tan terrible, ¿verdad?

—No—reconoció Alba.

—Oye, tengo curiosidad—preguntó el chico apoyándose en su casco — ¿Qué más cosas has oído de mí?

—Ya sabes lo que dicen de ti, tonto—dijo Alba volviendo a poner los ojos en blanco ante su pregunta, lo que hizo que se riera.

—Te he dicho que así te pones muy fea, y no, lo de la moto no lo sabía... pero tú parece que sabes mucho de mí, ¿no? —preguntó con sonrisa divertida.

—Pues dicen...—Alba comenzó, pero no se atrevió a terminar y se puso colorada, eso hizo que Manuel se interesara aún más.

—¿Qué? —preguntó con más curiosidad ante su reacción.

—Pues que eres guapo—dijo Alba, a lo que Manuel volvió a reírse a carcajadas, no recordaba haberse reído tanto en mucho tiempo. —Pero eso ya lo sabes—dijo Alba.

—¿Lo sé? —preguntó.

—Sí—dijo ella señalándole con su mano—Se ve—explicó lo obvio. —Y no eres tonto—añadió.

—Aunque a ti te guste llamármelo—le recordó él, lo que la hizo sonreír. Quizá esta era la conversación más larga que habían tenido desde que se conocieran, y se conocían desde que Alba tenía memoria. Alba le sacó la lengua.

—¿Qué más? —preguntó.

—Dicen que eres el que mejor besa de todo el pueblo—dijo Alba, haciendo que de nuevo la risa de Manuel inundara la oscuridad de la noche—Cosa que dudo—añadió, Manuel se calló de golpe al oírla.

—¿Dudas? —preguntó enarcando una ceja.

—Sí—respondió Alba como diciendo algo obvio—porque esa soy yo—aclaró.

—¡Ja! Pruébalo—la retó Manuel entrecerrando los ojos.

—¿A ti? —preguntó. —No puedo, si te beso dirás de todas formas que tú besas mejor, por lo que no vale—explicó.

—Claro, claro—le dio la razón Manuel bromeando ante el tono serio con el que se explicaba la muchacha.

—Tendríamos que encontrar a alguien que nos besara a los dos y entonces...

Alba no pudo continuar porque los labios de Manuel estaban sobre los suyos y la miraba sonriendo mientras que ella tenía los ojos abiertos de par en par.

—Gano yo—dijo el chico al apartarse.

—¿Cómo? —preguntó Alba enfadada.

—Claro, no puedes besar a alguien con los ojos así—se burló Manuel abriéndolos de par en par como ella los tenía hacía un momento.

—No es justo, me has pillado desprevenida yo...

Manuel volvió a besarla de nuevo, con aquella sonrisa en sus ojos haciéndola enfadar y que

reaccionase dándole un empujón para apartarle.

—Vuelvo a ganar—se rio.

—¡Deja de hacer eso! ¡Eres un tramposo! —se quejó Alba.

—Puede—se burló Manuel.

—Quiero la revancha—pidió seria, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Otro día, pecosa—dijo Manuel guiñándole el ojo y poniéndose sobre su moto para arrancarla e irse de allí.

Alba, enfadada, vio cómo se marchaba y cuando lo vio desaparecer por el garaje del bloque tiró la mochila contra el suelo furiosa, arrepintiéndose al momento y agachándose a comprobar que ni su móvil ni su calculadora hubieran sufrido daños.

Suspiró aliviada, pero en seguida recordó lo furiosa que estaba con Manuel, y lo que era peor, recordó que al irse la había vuelto a llamar pecosa, no solo era un tramposo sino también un mentiroso.

Pero eso no iba a quedar así, ella era una chica muy competitiva, era la primera de su clase, la número uno. Nadie quedaba por encima de ella, y mucho menos haciendo trampas.

Cuando ya estuvo subida al ascensor para ir a su casa cambió de opinión, y decidida pulsó el séptimo en lugar del sexto.

Unos minutos después llamó a la puerta y su amigo, Mikel, salió a abrirle con un bocado en la mano.

Mikel era un chico sencillo y tierno, con una personalidad que contrastaba notablemente con la de su hermano Manuel. Mientras que Manuel irradiaba confianza y carisma, Mikel tenía un aire tranquilo y reservado que lo hacía parecer más accesible y amable. Físicamente, Mikel se diferenciaba bastante de su hermano. Tenía el cabello castaño claro, casi rubio, que caía en suaves ondas sobre su frente. Sus ojos eran de un verde profundo, llenos de calidez y empatía. Su complexión era más delgada y menos atlética que la de Manuel, con una figura esbelta que reflejaba su naturaleza más introspectiva. Aunque no destacaba por su altura, Mikel tenía una sonrisa genuina y deslumbrante que iluminaba su rostro, haciéndolo parecer siempre amigable y acogedor.

—Eh, Alba, ¿qué tal? —saludó sonriente con la boca llena—No te he visto en el autobús, ¿se te ha escapado?

—¿Está tu hermano? —preguntó Alba sin responderle.

—Sí, está en su cuarto, acaba de llegar—contestó Mikel extrañado de que preguntara por él.

Alba no le dio más explicaciones y entró en la casa, se la conocía de memoria, y no solo porque fuera idéntica a la suya, que era la de justo debajo, sino porque había pasado allí casi la mitad de su vida, la mitad que no había pasado en su propia casa.

Aunque la casa de Mikel y Manuel era un reflejo de las circunstancias difíciles que los dos hermanos enfrentaban diariamente. Vivían en un piso que compartían con su madre, una mujer cuya enfermedad había dejado una marca palpable en el ambiente del hogar. El salón era amplio, pero de alguna manera, la amplitud solo hacía que se sintiera más vacío. El mobiliario era discreto y funcional, sin lujos ni detalles decorativos que añadieran un toque personal o cálido.

La poca luz natural que entraba a través de las ventanas veladas por cortinas gruesas y opacas contribuía a la atmósfera sombría. Estas cortinas se mantenían cerradas la mayor parte del tiempo para evitar que la luz directa molestara a su madre, cuya enfermedad la mantenía la mayor parte del tiempo recluida en su habitación. La iluminación artificial del salón era tenue y apagada, con lámparas de pie que arrojaban un resplandor suave pero insuficiente para llenar el espacio.

El ambiente era silencioso, casi sepulcral, con pocos ruidos que interrumpieran la calma pesada que impregnaba el piso. Los pocos sonidos que se escuchaban eran los pasos cuidadosos de Mikel o Manuel, tratando de no perturbar la tranquilidad que su madre necesitaba. La casa carecía de calidez, tanto en temperatura como en espíritu, reflejando el esfuerzo constante de los dos hermanos por mantener un hogar funcional en medio de la adversidad. Era un lugar que, a pesar de estar habitado, parecía perpetuamente vacío y oscuro, sin la chispa de vida que caracteriza a un hogar lleno de salud y alegría.

El cambio no había pasado desapercibido para Alba en esos últimos meses, y así entró silenciosa, aunque sin pensarlo demasiado, hasta donde sabía que tenía que ir.

Al llegar a la habitación de Manuel se encontró la puerta cerrada, pero no se paró a llamar. Estaba enfadada con que él le hubiera hecho trampas, mentido y se hubiera reído de ella, por lo que no se le ocurrió que quizá Manuel pudiera no estar visible.

Abrió la puerta y Manuel se encontraba quitándose la camiseta junto a la cama, en medio de la habitación.

El chico se sorprendió al verla, ella no le dijo nada, le miró con enfado mientras que se acercaba a él a toda velocidad.

—Eh, pecosa qué...

Manuel no pudo terminar su pregunta ya que Alba le cogió del cuello para atraer su boca a la de él. Y no para darle un casto beso en los labios como el chico había bromeado antes con ella, sino para BESARLE, con todas las letras.

Alba buscó la lengua de Manuel con la suya, abriendo su boca con decisión, moviendo sus labios dulcemente sobre los del chico mientras le besaba con los ojos cerrados. Lo puso todo en aquel beso, el chico aún no podía reaccionar, tenía las manos todavía metidas en la camiseta que estaba a medio quitar en sus brazos. Cuando por fin reaccionó, trató de levantar las manos para coger con ellas la cara de Alba, cerrando los ojos al sentir todo lo que sentía con aquel beso.

Alba se separó de Manuel y él estaba sin palabras.

—Y no tengo pecas—sentenció cruzándose los brazos, asintiendo como quien acababa de demostrar algo.

—Eso no es verdad—sonrió Manuel recomponiéndose, y parando mentalmente a su mano antes de que ésta fuera a sus labios, para recordar ahí donde ella le había besado.

Alba volvió a poner los ojos en blanco y se dio la vuelta para irse por donde había venido.

Manuel la siguió quedándose en la puerta de su habitación.

—¡Te pones muy fea! —le gritó a sus espaldas.

—Hasta mañana, Mikel—se despidió Alba de su sorprendido amigo quien continuaba aún en la puerta de la casa con su bocadillo en la mano.

Mikel no había visto el intercambio entre su hermano y ella, pero aún no se explicaba qué hacía la chica allí, enfadada como parecía estar y preguntando por Manuel. Alba se giró a echar un último vistazo hacia donde estaba Manuel, apoyado en el muro de pasillo y no se paró a oír la respuesta de Mikel, salió de la casa con su mochila al hombro.

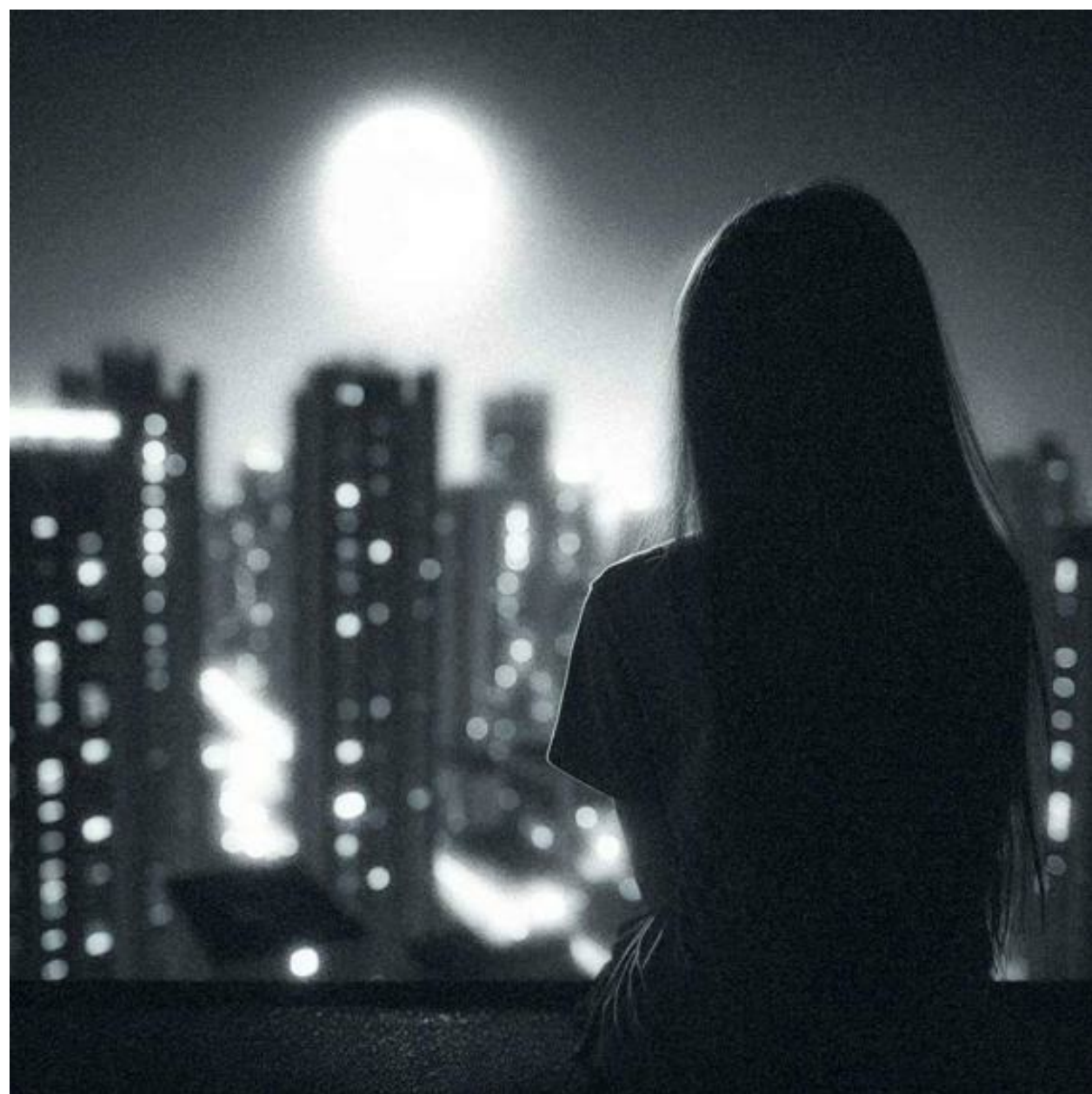
Y ahí sí, cuando ya ella no podía verle, Manuel se llevó la mano a los labios, y sonrió.



CAPÍTULO 2

COMIENZOS

Hay veces en que asumes cosas, das cosas por sentadas y nunca te paras a pensar si son así realmente. Simplemente te acostumbras a verlas así, sin más. De pronto, un día descubres que las cosas no son como pensabas... pero ¿tienes tiempo para cambiar?



Mikel y Manuel bajaban andando por las escaleras para ir uno al instituto y el otro al trabajo.

El edificio donde vivían Mikel, Alba y Manuel junto a sus familias era un bloque antiguo, pero bien conservado, situado en una calle tranquila del pueblo. Su fachada de ladrillo rojo mostraba signos del paso del tiempo, pero estaba limpia y en buen estado, con balcones de hierro forjado que añadían un toque de encanto clásico. Las ventanas, aunque no eran especialmente grandes, estaban alineadas de manera ordenada, y algunas tenían pequeñas macetas con flores que sus dueños cuidaban con esmero.

El interior mantenía ese aire de solidez y tradición. Las puertas de los apartamentos eran todas iguales, de madera oscura y robusta, con números plateados que destacaban sobre el fondo oscuro. A pesar de esta uniformidad, los vecinos trataban de diferenciarse y añadir un toque personal a sus entradas. Alfombras de bienvenida de diversos colores y diseños se alineaban frente a las puertas.

La casa de Alba se encontraba en la sexta planta. Justo encima de ella, vivían Mikel y Manuel en un apartamento similar en tamaño, pero con un ambiente muy diferente. El edificio tenía un ascensor antiguo con puertas correderas de metal, que a veces emitía un suave chirrido cuando se movía entre los pisos, y una escalera central amplia y bien iluminada, cuyas barandillas de madera pulida mostraban señales de uso.

A pesar de la antigüedad del edificio, había un sentido de comunidad y cuidado compartido que mantenía el lugar en buenas condiciones, haciendo que el ambiente fuera agradable y acogedor para todos sus habitantes.

—Acuérdate que esta tarde tienes que estar tú, yo tengo que hacer un trabajo—dijo Mikel.

—¿Y no puedes hacerlo en casa? Mikel, hay un coche que quiero acabar esta semana, el dinero extra nos vendría bien—se quejó Manuel.

—Está bien, pasaré con Alba por la biblioteca y sacaré lo que necesito antes de llegar a casa, ¿de acuerdo? —dijo Mikel cediendo.

—Si me sale lo que espero, a final de mes puede que tengamos suficiente para ese portátil—sonrió Manuel.

—No te preocupes, puedo usar el de Alba—sonrió Mikel.

—Ya, pero yo quiero que tengas el tuyo—dijo Manuel y le puso una mano en el hombro.

Mikel llamó al timbre y ambos oyeron la voz de Alba que gritaba desde dentro que ya iba.

—Hasta luego—dijo Manuel antes de seguir bajando. Alba abrió entonces la puerta—Pecosa...—la saludó sin mirarla, sonriendo antes de seguir bajando y su sonrisa se amplió al oír el bufido de la chica.

Alba y Mikel cogieron el ascensor, al chico no le gustaba usar las escaleras y solo bajaba el piso que le separaba del de Alba, para ir juntos en ascensor después.

—¿Qué te pasa con mi hermano? —preguntó Mikel enarcando una ceja al ver que Alba seguía

con la cara enfadada.

—Que es tonto—musitó Alba por toda respuesta y Mikel se rio.

Casi ya de noche Mikel y Alba estaban aún haciendo el trabajo que tenían para terminar el trimestre en el cuarto del chico.

La habitación era un espacio pequeño y funcional, que reflejaba tanto su estilo de vida sencillo como su naturaleza desordenada. Las paredes estaban pintadas de un color neutro, posiblemente blanco, pero apenas se veían debido a los posters de bandas de música y de películas que Mikel había pegado de manera descuidada.

El mobiliario era básico y sin pretensiones: una cama individual con sábanas que rara vez coincidían en color o diseño, un escritorio de madera simple lleno de libros, cuadernos y bolígrafos esparcidos por toda la superficie, y una silla giratoria que mostraba signos de uso constante. La ropa de Mikel estaba distribuida por toda la habitación; algunas prendas colgaban del respaldo de la silla, otras estaban apiladas en una esquina o simplemente tiradas en el suelo.

El armario, con puertas correderas ligeramente desalineadas, estaba medio abierto, revelando más ropa amontonada de manera desordenada.

La iluminación de la habitación provenía de una lámpara de techo que daba una luz suave y difusa, acompañada por una lámpara de escritorio que Mikel usaba cuando estudiaba. A pesar del desorden, la habitación tenía un aire acogedor y personal.

Alba miró a su alrededor y pensó por un momento en la habitación de Manuel, a la que nunca había entrado hasta que lo hiciera el otro día.

Aún no se explicaba la clase de locura transitoria por la que había debido de pasar para hacer lo que hizo.

La habitación de Manuel era todo lo contrario a la de su hermano Mikel: ordenada, limpia y con una organización meticulosa que casi parecía desapasionada. Las paredes estaban prácticamente desnudas, sin posters ni adornos que revelaran algo personal sobre él. La habitación tenía una apariencia funcional y sobria, como si estuviera diseñada para la eficiencia más que para el confort.

El mobiliario consistía en una cama individual con un edredón oscuro y perfectamente estirado, una mesita de noche con una lámpara moderna y un reloj despertador digital. El escritorio, a diferencia del de Mikel, estaba impecablemente ordenado. No había papeles dispersos ni nada fuera de lugar, solo un bolígrafo colocado junto a una libreta.

Las estanterías llenaban una de las paredes de la habitación, repletas de libros que ya no parecían recibir mucha atención. El armario estaba cerrado, pero se podía imaginar que su interior era tan ordenado como el resto de la habitación.

Era un lugar que reflejaba la disciplina y el control de Manuel, pero que no revelaba mucho sobre el chico que habitaba aquel cuarto.

Alba descendió de la nube de sus pensamientos antes de que tomaran un rumbo peligroso y la llevaran a Manuel y ella en la habitación del chico y todo lo que pasó allí. Volvió a concentrarse en Mikel, quien sufría a su lado con la tarea.

—No estás calculándolo bien, Mikel—le volvió a regañar Alba—Mira, si tenemos un plano inclinado sin rozamiento, al tener un cuerpo en el punto A se le debe suministrar una cierta cantidad de energía para trasladarlo al punto B... ¿Me estás escuchando? —preguntó molesta.

—No, estoy harto—se quejó Mikel—¿No podemos parar un poco? El trabajo va a seguir ahí...—sonrió.

Alba estaba cansada al igual que su amigo, habían estado toda la tarde trabajando, parar un poco no le vendría mal.

—Está bien—accedió Alba sonriendo también.

—¡Genial! —exclamó Mikel y quitándose los zapatos lanzándolos por la habitación se echó en la cama, haciéndole una señal a Alba para que se echara junto a él.

Alba se quitó los zapatos, aunque con más cuidado que Mikel y se echó en la cama a su lado. Los dos cruzaron los brazos por detrás de la cabeza y se relajaron mirando al techo.

—Guillermo me ha vuelto a preguntar si vamos al cine este sábado—dijo Mikel dándole un suave codazo en las costillas a su amiga.

—¡No fastidies! —protestó Alba riéndose.

—Sí—se rio Mikel. —Alguna vez vamos a tener que ir con ellos ¿no crees? —sonrió.

—Paso, yo no pienso salir con la estúpida de su hermana—dijo Alba poniendo mala cara—y me da igual lo mucho que te guste, Mikel, es idiota.

—Pero se deja...—sonrió Mikel.

—¡Arhg!, a veces me olvido de que eres un chico—refunfuñó Alba poniendo cara de asco y Mikel rio a carcajadas.

—Anda, vamos el sábado, ¿quieres? —se giró el chico hacia ella.

—Mikel, no voy a salir con Guillermo para que tú te puedas dar el lote con su hermana—se quejó Alba.

—No necesito que salgas con él para eso—se burló él.

—Serás...

Alba cogió un cojín y le golpeó con él, a lo que Mikel se rio y empezó a hacerle cosquillas en venganza.

Los dos pararon de reír de golpe y se giraron a la puerta que se abría.

Un agotado Manuel asomaba la cabeza, sus ojos no tenían mucho brillo y tenía una mancha de grasa en la mejilla.

—Hola—sonrió Mikel al ver a su hermano.

—¿Y la cena, Mikel? —le preguntó éste con voz cansada.

—Ostras, lo había olvidado por completo, es que hemos estado trabajando y...

—Ya veo...—le cortó Manuel mirándole a él y a Alba de hito en hito—Joder, solo tenías que hacer una cosa—le espetó molesto y salió cerrando la puerta tras él.

Manuel se fue hacia la cocina y sacó de la nevera la sopa de pollo que había sobrado del día anterior y comenzó a calentar un plato en el microondas.

Mikel y Alba se quedaron un poco avergonzados, en silencio mirando hacia la puerta de la habitación de éste.

—Mierda—murmuró Mikel.

—Yo... creo que voy a irme ya...—dijo Alba cortada, no le gustaba nada la cara con la que la había mirado Manuel al verla allí en la cama con Mikel, riendo y con el pelo revuelto. ¿Qué habría pensado? ¿Y por qué le importaba lo que Manuel pensara? Antes casi ni se había fijado en él.

Manuel llevaba una bandeja con la sopa, un vaso de agua y unas medicinas cuando Alba y Mikel salieron de la habitación del chico.

No les dijo nada al pasar, ni los miró. Sujetó la bandeja con una mano y con la otra llamó dos veces en la habitación de su madre, justo antes de entrar.

—¿Qué tal está? —susurró Alba.

—Muy mal... al menos está tranquila—se entristeció Mikel.

—Bueno, me voy ya—le dijo a su amigo y le dio un suave beso en la mejilla.

—¿Iremos al cine? —preguntó éste sonriendo mientras hacía el gesto del que rezaba.

—Arhg... qué pesado eres... está bien—sonrió Alba y Mikel dio un grito de alegría abrazándola.

Manuel salía entonces de la habitación de su madre y los vio abrazados.

—He quedado—le dijo a Mikel y ambos le vieron coger su casco de la moto de donde lo había dejado en la entrada y salir por la puerta.

Varios días después, Alba corría a toda prisa por el portal al ver que la puerta del ascensor se cerraba, llegó justo a tiempo de detenerla y vio que era Manuel quien estaba dentro.

—Hola—le saludó el chico echándose un poco hacia atrás y dejándole sitio en el ascensor.

—Hola—saludó ella y pulsó el sexto piso.

Ninguno de los dos hablaba, no era la primera vez que subían juntos en el ascensor, pero aquella vez Alba notaba algo diferente en el ambiente, algo que no sabía cómo explicar. Miró a Manuel por el rabillo del ojo y vio que llevaba en la mano una bolsa de la farmacia.

—¿Qué tal está tu madre? —le preguntó sin saber muy bien por qué, para romper el silencio.

—Bien—dijo Manuel sonriendo, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos. Alba lo notó. Además, ella sabía por Mikel que su madre estaba de todo menos bien.

Cuando llegaron al sexto piso, la chica se acomodó la mochila y abrió la puerta.

—Adiós, pecosa—dijo Manuel desde dentro justo cuando ya se iba el ascensor, por lo que Alba no le pudo responder.

Más tarde, Manuel estaba sentado en la azotea del edificio en la oscuridad de la noche mientras que fumaba un cigarrillo.

La azotea era un lugar especial y poco conocido, un verdadero refugio sobre los techos del pueblo. Situada en lo alto, ofrecía un ambiente íntimo y silencioso, alejado del bullicio de la vida cotidiana. Era accesible a través de una pequeña puerta metálica que conducía a una escalera estrecha y empinada, apenas perceptible desde el exterior.

Una vez en la azotea, se revelaba un espacio amplio y tranquilo. El suelo estaba cubierto de un viejo pavimento de gravilla que mostraba señales de desgaste, pero que contribuía al ambiente rústico y auténtico del lugar. La azotea estaba rodeada por una barandilla de metal pintada de negro, que ofrecía una vista panorámica del paisaje circundante: las casas del pueblo, las luces parpadeantes en la distancia y, en las noches despejadas, un cielo estrellado que se extendía hasta el horizonte.

En las noches sin luna, la oscuridad era profunda y envolvente, creando un ambiente misterioso e íntimo.

Pocas personas sabían de este espacio y aún menos lo usaban regularmente, lo que lo convertía en un lugar casi desconocido, perfecto para escapar del exterior y encontrar paz.

Siempre que no tenía un buen día, Manuel se iba allí a pensar y a despejarse del mundo. Aquél era como su escondite, su lugar secreto en el que podía olvidarse de todo y relajarse por algunos momentos.

Olvidar que su madre estaba muriéndose, que su padre se largó con otra al poco de saber aquello y que se tenía que matar a trabajar en el maldito taller para que las facturas no les ahogaran. Olvidarse de que había puesto en pausa su vida y sus sueños para sacar adelante a su familia.

Unos ruidos le sacaron de sus pensamientos y se echó un poco más contra la pared para que la luz de La Luna no revelara que se encontraba allí.

¿Quién podría ir a estas horas a la azotea? Nunca nadie subía allí. Él jamás se había encontrado con otro vecino. ¿Y si era el conserje que le había descubierto? Si perdía también ese sitio...

Su boca se abrió casi a la altura de su pecho al ver quién era quien subía a la azotea: Alba.

La chica no le vio, llevaba una caja rectangular y canturreaba algo. Tenía la música del móvil tan alta que Manuel podía oírla perfectamente en el silencio de la noche.

Alba se giró hacia La Luna y puso la caja en el suelo, de la que sacó un telescopio que empezó a montar, lo cual no sorprendió a Manuel. Sonrió y decidió acercarse a ella.

—Pecosa—dijo a sus espaldas para saludarla, pero ella seguía canturreando su música y no se enteró de que le hablaban.

Manuel se acercó mucho más, casi tanto que su cuerpo tocaba el de la chica.

—¡Pecosa! —le gritó, haciendo que la chica diese un bote con el que casi tiró el telescopio que tenía en las manos, provocando la carcajada del chico.

—¡Idiota! —se quejó ella quitándose un casco—Me has dado un susto de muerte, casi me tiras el telescopio, y es muy caro—dijo.

—Perdona, si no llevaras la música tan alta... creo que podría oírla hasta desde mi cuarto—se rio.

—Lo que tú digas—le dio la razón Alba dándose la vuelta y colocando el telescopio en el trípode —Y no tengo pecas, imbécil—añadió sin mirarle.

—Sí que las tienes—dijo él volviendo a acercarse a susurrarle en el oído, lo que provocó un escalofrío en la muchacha que ella esperaba que él no hubiera notado.

—¿Qué haces? —le preguntó él echándose hacia atrás y sentándose sobre uno de los respiraderos de los ascensores.

—¿Es que no has visto La Luna? Hoy seguro que se pueden ver los mares de maravilla—sonrió mirando al cielo.

—Los mares, claro—dijo Manuel en tono burlón.

—Pues sí, La Luna tiene mares, ¿no lo sabías? —preguntó ella girándose.

—No todos somos tan empollones como tú—dijo Manuel burlón.

—He ido al instituto con tu hermano, Manuel. Todos los profesores no paran de recordarle que debería ser un poco más como tú. Tú también eres un empollón, aunque no sea de ciencias...—dijo Alba poniendo un brazo en jarra.

—Eso era antes—murmuró Manuel.

—¿Antes de qué? —preguntó Alba curiosa.

—Antes, pecosa—respondió Manuel molesto y cortante.

Alba tuvo la sensación de que había hablado de más. Notó como el chico se tensaba delante de ella.

—Mañana vamos a ir al cine, ¿quieres venir? —espetó la chica muy bien sin saber por qué, pero deseando cambiar de tema al ver la mirada triste que Manuel dirigía al infinito.

—¿Me estás invitando a salir, pecosa? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—A salir, no, al cine—corrigió Alba poniéndose colorada.

—Creo que eso se considera salir, pero eh, tú eres la empollona—apuntó Manuel de nuevo con burla.

—Solo pretendía ser amable, no te emociones—aclaró molesta.

—No me emociono, eres tú la que me ha invitado a salir—sonrió el chico levantándose y acercándose a ella, poniéndola algo nerviosa, para su propia sorpresa.

—Bueno, ya no quiero que vengas—dijo sonando algo infantil, a lo que Manuel rio a carcajadas. ¿Cómo es que nunca se había dado cuenta de lo divertida que era su vecina?

—Tenía planes—sonrió—Lo siento, seguro que lo decías para que te diera un beso en el cine —le guiñó el ojo.

—Estoy segura de que *tú* eres el que no ha dejado de pensar en mi beso, lo sé—dijo Alba altiva.

Manuel sonrió, lo cierto era que, en esos días, alguna vez, acostado en su cama en la soledad de la noche, se había sorprendido a sí mismo llevándose los dedos a los labios y pensando en el beso de Alba. Un beso que no se esperaba.

—Tus ganas, pecosa, no te lo tengas tan creído—sonrió.

—Deja de llamarme así. ¡Te he dicho mil veces que no tengo pecas! —se enfadó Alba.

—Yo sé que sí—sonrió Manuel acercándose un poco más—y algún día te lo demostraré, *Alba* —enfaticó el nombre de la chica con voz grave, y ella sintió un cosquilleo en su interior que nunca antes había sentido.

—Lo dudo—suspiró cabezota, con la voz entrecortada en una garganta que se había quedado seca de repente.

Manuel se acercó mucho más a ella, tanto que la chica podía notar su cálido aliento, tanto que pensó que iba a besarla de nuevo.

—Otro día, pecosa—le guiñó el ojo y se marchó de allí.

Alba entonces se llevó la mano al corazón, porque notó que le latía a toda velocidad.



Cuando eres pequeño, los días transcurren volando, todo es alegría. Y al hacerte mayor, el tiempo se ralentiza, y hay veces en que cuesta vivir cada segundo de él... Pero bueno o malo, es el tiempo que tienes, no puedes arrepentirte de lo que no has hecho...



Un sábado por la tarde, Manuel estaba en la bancada, trabajando en un coche.

El taller del pueblo donde Manuel trabajaba era un espacio amplio y bullicioso, lleno de actividad constante. Ubicado en una zona industrial en las afueras, era un edificio de aspecto robusto con grandes puertas metálicas que se abrían para permitir la entrada y salida de los vehículos. El suelo, cubierto de hormigón desgastado por el uso, mostraba manchas de aceite y huellas de neumáticos, testigos del trabajo diario.

Dentro del taller, la escena era de movimiento constante. Varios coches estaban distribuidos por el espacio en diferentes estados de reparación: algunos elevados en elevadores hidráulicos para trabajos debajo del chasis, otros con el capó abierto mientras los mecánicos revisaban motores y sistemas. El sonido de herramientas mecánicas llenaba el aire, desde el golpeteo de martillos hasta el zumbido de taladros y el chirriar de llaves inglesas.

En un rincón del taller, había una pequeña oficina con paredes de paneles de madera, donde se acumulaban pilas de papeles y carpetas desordenadas. Una vieja computadora ocupaba un escritorio abarrotado, con un calendario de pared lleno de notas y fechas marcadas. Esta oficina era el centro neurálgico del taller, donde se gestionaban los pedidos, se coordinaban las reparaciones y se atendían las llamadas de los clientes.

El ambiente humano era dinámico y colaborativo. Varios mecánicos trabajaban en equipo, compartiendo herramientas y conocimientos para resolver los problemas de los vehículos. El jefe del taller se movía entre los coches y los empleados, supervisando el trabajo y atendiendo a los clientes.

A pesar del caos aparente, había una atmósfera de eficiencia y camaradería en el taller, lo cual hacía que Manuel se sintiera cómodo y seguro allí.

Necesitaban todo el dinero extra que pudiera ganar, por lo que solía aprovechar cualquier oportunidad de trabajo que se le presentara.

Llevaba una camiseta de tirantes blanca y unos vaqueros oscuros gastados. Tenía las manos llenas de grasa y apretaba unas tuercas.

—Te buscan—le dijo su jefe asomándose bajo la bancada.

Manuel tomó el trapo para limpiarse las manos y lo volvió a guardar en el bolsillo. ¿Quién le buscaría? Solo pudo pensar en alguien: Mikel.

Su móvil se había quedado sin batería hacía rato, por culpa de los mensajes que las chicas no paraban de mandarle. Ninguna entendía que él ya no iba a ir a una fiesta más en su vida. Nadie de su antiguo grupo entendía que lo único que quería los sábados por la noche era darse una ducha y tirarse en la cama a dormir... siempre que la tos de su madre no le desvelara.

Salió de la bancada a toda velocidad, pensando que su hermano habría ido allí a buscarle porque había alguna urgencia relacionada con su madre y no había podido localizarle vía móvil.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al llegar a la puerta del taller y ver a su padre frente a frente.

—Hola, hijo—saludó el hombre.

—Ni te atrevas—espetó Manuel más ladrando que hablando. En ese instante notó como la sangre le hervía en las venas.

Sabía que su padre no era el responsable de la enfermedad de su madre, pero era el responsable de todo lo que había venido después, y le odiaba por ello. Si su padre no les hubiera dejado, él habría empezado el curso anterior en la universidad y no estaría matándose en aquel taller. Le odiaba no solo por haber arruinado sus sueños, sino por huir de su familia cuando ésta más lo necesitaba.

—Quiero que le des esto a tu madre—dijo el hombre tendiéndole un sobre amarillo.

—Dáselo tú, o ¿es que no te atreves a mirarla a la cara? ¿Te da vergüenza ver cómo se está muriendo mientras tú sigues tu vida con esa?

El padre de Manuel apretó un puño y su cara se tornó en furia.

—Oh, por favor, dame solo un motivo...—sonrió Manuel al ver que su padre se enfadaba, deseoso de partirle la cara.

El hombre bajó el puño y soltó el sobre poniéndolo en el suelo entre Manuel y él.

—Dile a tu madre que los firme y los envíe—le dijo y se marchó dándole la espalda.

Manuel se echó sobre los papeles para mirarlos. Como sospechaba eran los papeles del divorcio. Salió corriendo tras su padre para decirle por dónde se podía meter los papeles y lo vio subirse a su coche donde lo esperaba una mujer rubia, bastante más joven que él. Lleno de rabia hizo pedazos aquellos papeles con sus manos. Ni siquiera pensaba mencionarle a su madre nada al respecto.

Esa noche, Alba fue un poco antes de la hora en la que habían quedado a recoger a Mikel para ir al cine. Estaba algo incómoda porque su madre le había insistido en que se llevara la comida que había preparado para Mikel y su familia.

Sus padres sabían de la enfermedad de Anna Ortega y de cómo su marido la había abandonado y sus hijos cuidaban de ella. Se detuvo delante de la puerta y acomodó los cuatro túper que su madre le había dado para poder llamar al timbre.

Su vergüenza se hizo aún mayor cuando fue Manuel quien le abrió la puerta en lugar de Mikel. El chico llevaba una camiseta y unos pantalones viejos y manchados de grasa y tenía unos pequeños surcos debajo de los ojos. La miraba como enfadado y la recorrió de arriba a abajo justo antes de pararse en los túper que cargaba.

—Eh—sonrió ella tímida, notando que todo le ardía—mi... mi madre os ha preparado... esto... es... es una lasaña y...

—¡Lasaña! —gritó Mikel apareciendo desde detrás de su hermano. —Oh, gracias, Alba—empezó a decir Mikel mientras que cogía los túper de los brazos de la chica. —La lasaña de tu madre está buenísima—sonrió.

—Gracias, se lo diré—intentó sonreír Alba, pero no podía apartar la mirada de los ojos de Manuel que aún la miraban, como enfadado con ella. ¿Qué le había hecho? Tan solo trataba de ser amable...

—Los guardaré en la nevera y nos vamos—sonrió Mikel entrando dentro de la casa llevando los tóper como si Alba le hubiese dado un millón de dólares.

—Estás... ¿estás bien? —le preguntó Alba a Manuel al ver que su expresión cambiaba entre el enfado y la pena. Manuel dio un suspiro de protesta, como si ella hubiera dicho algo que lo asqueara o que lo hartara.

—No te engañes, pecosa—dijo finalmente con dureza—no somos amigos—sentenció, y dejó a Alba sin palabras plantada ante la puerta de la casa.

Mikel salió unos dos minutos después y todo el rellano de la planta se inundó de olor a colonia. Llevaba en la mano dos cascos de moto. Cerró la puerta tras de sí.

—Dios santo, Mikel, ¿cuánta colonia te has echado? —preguntó la chica tapándose la nariz.

—Exagerada—dijo Mikel riendo y llamó al ascensor, después le tendió el casco de la moto.

—¿Y esto? —preguntó Alba cogiéndolo.

—Manu nos deja la moto, a que mola ¿eh? —sonrió Mikel abriendo la puerta del ascensor. Alba echó un vistazo a la puerta de la casa antes de entrar en el ascensor junto a su amigo.

—¿No tiene planes? —preguntó Alba recordando lo que le había dicho la noche anterior.

—¿Manu? —se extrañó Mikel, como si aquella fuera la idea más estúpida del mundo—No—negó antes de pulsar el piso del garaje.

De madrugada, el padre de Guillermo aparcó su coche delante del portal de Alba y los dos chicos se bajaron.

—Gracias por traerme, Guillermo—sonrió amablemente la chica.

—No hay de qué—sonrió el chico—mi padre siempre me va a recoger encantado—añadió. —Anda que ya les vale a esos dos dejarnos tirados—se quejó Guillermo riéndose a carcajadas.

—Sí—murmuró Alba pensando que iba a matar a Mikel por largarse con Vanesa y dejarla sola en el cine con Guillermo.

—Lo he pasado bien—dijo el chico acercándose un poco más hacia ella.

—Yo también—sonrió Alba, y al girarse hacia él vio que Guillermo estaba más cerca de lo que la hacía sentir cómoda.

—Buenas noches, Guillermo—aceleró el paso.

—Espera, te acompaño—dijo Guillermo poniéndose a su altura.

Los dos chicos caminaban en silencio hacia el portal.

—Podríamos repetirlo otra vez, ¿no crees? Sin encerronas, ¿quieres que vayamos a cenar el viernes? —preguntó Guillermo cuando ya estuvieron frente a la puerta.

—No lo sé, ya te diré—dijo Alba avergonzada. De no haber sido por las trampas de Mikel jamás habría quedado con Guillermo. El chico era guapo, simpático y popular, pero a ella no le gustaba, aunque saltaba a la vista que él no sentía lo mismo.

Alba se giró hacia el portal para pensar en cómo despedirse amablemente y cuando vio quien se acercaba quiso que la tierra se la tragara.

Manuel abrió la puerta llevando dos bolsas negras de basura, le pareció que sus ojos sonreían al verla, pero enseguida cambiaron al ver que estaba acompañada.

Alba se apartó para dejarle pasar acercándose a Guillermo.

—Hola—saludó Manuel mirando al chico, lo conocía de vista del instituto, pero no lograba acordarse de su nombre... Algo con M... Muermo... pensó y se rio para sus adentros—Pecosa...—la saludó con un asentimiento de cabeza sonriendo aún de su broma privada.

—¿Pecosa? —le preguntó Guillermo con extrañeza cuando Manuel ya no podía oírlos—Pero si no tienes pecas—se fijó en ella.

"Dímelo a mí..." pensó Alba.

—Adiós, Guillermo—sonrió la chica, queriendo marcharse de allí cuanto antes.

—Buenas noches—dijo Guillermo algo descolocado a la espalda de Alba quien ya entraba en el portal.

La chica se apresuró a llamar al ascensor a toda velocidad, pensó incluso en subir por las escaleras, pero se había puesto unas botas nuevas para salir aquella noche y los pies la estaban matando.

"Corre, corre" pensaba dándole al pulsador más de veinte veces, como si eso fuera a hacer al ascensor bajar más rápido. Cerró los ojos y maldijo cuando oyó la puerta del portal.

El sonido del ascensor al llegar le hizo abrir los ojos y al girarse vio a Manuel que llegaba justo a su altura, abrió la puerta y le dejó pasar primero, puesto que él se bajaría después.

—Creía que habías salido con Mikel—le comentó cuando ella pulsó los dos números.

—Yo también—murmuró Alba molesta aún con su amigo, Manuel enarcó una ceja sin saber qué querría decir con aquello.

—Y dime—sonrió Manuel—el tío ese... el tal Muermo ¿te ha dado un beso de buenas noches? —le preguntó con la más cínica de las sonrisas. Alba se giró a él atravesándolo con la mirada.

—Es Guillermo—le corrigió—. Y no—añadió, poniéndose colorada cuando Manuel se rio a carcajadas haciendo que bufase y apartara la mirada.

Llegaron al sexto piso y la chica empujó la puerta mientras soltaba un nuevo quejido de exasperación.

—Alba—la llamó Manuel tomándola de la mano y girándola hacia él.

Lo que ella no se esperaba era que el chico acercara su boca a la suya para besarla dulcemente. Sus labios jugaron con los de Alba y su lengua le pidió paso de una forma en que ella no se pudo resistir, un leve gemido escapó de su garganta al notar el sabor de Manuel en su boca. Él se separó llevándose entre sus dientes el labio inferior de la chica. Alba abrió los ojos y se encontró con aquellos ojos negros que la miraban de una forma que no supo descifrar.

—No deberías irte a la cama sin un beso de buenas noches—le dijo y guiñándole un ojo subió los escalones que llevaban a la séptima planta de dos en dos.

A la mañana siguiente, Alba estaba desayunando en la cocina con su madre.

La cocina de la casa de Alba era un espacio luminoso y cálido, en marcado contraste con la atmósfera más sombría y funcional de la casa de los chicos. Ubicada en un rincón soleado del hogar, esta cocina era el corazón de la casa, donde la luz natural fluía a través de una ventana amplia con cortinas blancas que permitían la entrada de la luz del día. Durante las mañanas y tardes, el Sol bañaba el espacio, creando reflejos cálidos en los electrodomésticos de acero inoxidable y en los azulejos blancos y brillantes que cubrían las paredes hasta media altura.

El mobiliario era acogedor y práctico: una mesa de madera clara con sillas cómodas, donde Alba y su familia disfrutaban de las comidas juntos.

El ambiente estaba impregnado de aromas deliciosos: durante el día, el aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mientras que, por las tardes, el olor tentador de platos caseros y pasteles recién horneados llenaba la casa.

La cocina de Alba en un lugar donde no solo se preparaban alimentos, sino también donde se disfrutaba del placer de cocinar y comer juntos, como en aquella mañana donde madre e hija compartían en silencio un delicioso desayuno.

Llamaron a la puerta. Su madre, María, se levantó y fue a abrir.

—Hola, Manuel—oyó cómo su madre recibía al que llamaba y por poco no se atragantó con el cola cao.

—Buenos días—saludó Manuel educado—venía a devolverte esto, muchas gracias, María, la lasaña estaba muy buena—Alba casi se imaginó la sonrisa del chico.

—No hay de qué, me alegro de que os haya gustado. ¿Qué tal está tu madre? —preguntó María con preocupación en la voz.

—Está mejor, muchas gracias—respondió rápidamente Manuel, cerrándose por completo. Alba estaba casi segura de que eso no era verdad.

—Ah, qué bien. ¿Entonces crees que podría pasarme a hacerle una visita esta tarde? —preguntó María sonriente.

—Esto... no sé... todavía está algo cansada—. Su madre seguramente no lo notaría, pero Alba notó que Manuel no quería que ella fuera a su casa, probablemente ella tenía razón y su madre estaba peor de lo que el chico les decía a todos. Pero ¿por qué ocultaba la verdad? Cuando ella le había preguntado a Mikel por su madre éste siempre le había dicho que estaba muy mal. Un día incluso le confesó con sollozos que lo único que les quedaba era rezar. ¿Por qué Manuel decía siempre que todo estaba bien?

—En otra ocasión entonces—comprendió María. — ¿Quieres pasar? Estábamos desayunando, ¿te apetece un café recién hecho?

"Mamá, no por favor..." pensó Alba poniéndose roja como un tomate.

—Ya he desayunado, muchas gracias. No te entretengo más—dijo Manuel y Alba volvió a respirar cuando su madre se despidió y cerró la puerta.

—Son unos buenos chicos, no se merecen por lo que están pasando—dijo María sentándose junto a su hija de nuevo en la cocina—. Quien iba a pensar que Juan les hiciera algo así... Si nos conocemos de toda la vida—negó su madre indignada.

—Mamá, ¿tú crees que Anna se va a morir? —preguntó Alba en un susurro. Ella quería a la madre de Mikel y Manuel como si fuera una tía, igual que Mikel quería a su madre, se habían pasado la infancia comiéndose los mocos juntos.

—Oh, cariño, no lo sé... ojalá que no—dijo su madre tendiéndole las manos por encima de la mesa, que Alba cogió rápidamente para sentirse reconfortada.

—¿Le dirás a Mikel que estamos aquí para lo que haga falta? —preguntó su madre. —Tengo la impresión de que su hermano no nos pediría ayuda, aunque la necesitara de veras.

"Yo también" pensó Alba, y aquello la entristeció.

Esa noche era la última noche en que habría Luna Llena aquel mes, además de ser la época del año en que La Luna estaría especialmente cercana a La Tierra.

Alba contemplaba La Luna desde la ventana de su habitación deseando subir a la azotea, pero le daba miedo subir y volverse a encontrar con Manuel allí. ¿Y si la besaba de nuevo? ¿Y si no?

Se enfurruñó y enfadada cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Por qué iba a permitir que aquel tonto no la dejara disfrutar de La Luna Llena? Faltarían meses hasta que pudiera volver a ver una luna así. No lo pensó más y sacó el telescopio de su armario, y como buena fan de la astronomía no podía evitar el cosquilleo que sentía al pensar en ver de nuevo con tal claridad los cráteres y los mares. Porque estaba segura de que su nerviosismo no tenía nada que ver con la posibilidad de

encontrarse a Manuel de nuevo.

Poco después, llegó a la azotea y le vio sentado de espaldas a ella, sobre uno de los respiraderos de los ascensores, vio el humo que salía de él y supo que estaba fumando.

Decidida como estaba a que no le impidiera disfrutar de La Luna se acercó y empezó a sacar el telescopio, lo oyó como se movía a sus espaldas y notó sus pisadas sobre la grava de la azotea, suspiró y siguió a lo suyo.

—Buh—la asustó él haciendo que diese un bote a pesar de que lo esperaba.

—Idiota—dijo Alba girándose, viéndolo reírse a carcajadas.

—¿Viendo los mares? —preguntó sonriente.

—Pues sí—dijo ella poniéndose una mano en la cadera— ¿Te importa? —preguntó.

—No—dijo el chico acercándose a ella.

—¡No puedes besarme otra vez! —le advirtió dando un paso atrás haciendo que el chico se detuviera primero sorprendido y luego se riera a carcajadas.

—¿Por qué? ¿No te gustaría? —preguntó acercándose aún más.

—¡No! —dijo llevándose la mano a la boca—No cuando has fumado—reconoció poniéndose roja como un tomate y dándose una torta mentalmente por hablar de más.

—Anotado—asintió el chico con sonrisa pícara.

Alba le miró a los ojos, él la estaba mirando a los labios y la puso algo nerviosa.

—Manuel—le dijo — ¿por qué dices que tu madre está bien? Yo sé que no es así—los ojos del chico la miraron a los suyos, enfadado.

—Tú sabes muchas cosas, ¿no pecosa? —preguntó molesto.

—¡No tengo pecas! —se quejó Alba, le frustraba que nunca supiera qué esperar de él.

Manuel levantó una mano y le cogió el cuello de su sudadera de pico, Alba le apartó la mano de un manotazo, pero él fue más rápido y volvió a cogerle el cuello de la sudadera. Cuando Alba intentó quitarle la mano de nuevo, Manuel se la agarró enfadado y le cogió también la otra, cogiéndola luego por las muñecas con una sola mano. Fijó su mirada el cuello de la sudadera de la chica, y señaló con el índice sobre su pecho, un poco por encima de la línea del sujetador. Alba pudo ver que tenía cuatro pecas de las que ni se había dado cuenta, en forma de rombo, sobre el pecho.

Manuel no trazó un rombo, dibujó un corazón con su índice sobre la piel de Alba. Ella notó que le ardía allí donde él le había rozado y su respiración sonó entrecortada.

Manuel la soltó y ella vio en sus ojos que aún seguía enfadado.

—No sabes tanto como crees—le dijo y se dio la vuelta para irse de allí.

Alba buscó con la mirada su corazón por el suelo, porque estaba segura de que había saltado de su pecho.



CAPÍTULO 4

CHOQUES

¿Qué es lo máspreciado que tienes? Piensa bien esta pregunta, ¿son quizá tus recuerdos? Recuerdos de una vida vivida, de momentos mágicos... que no se repetirán, únicos. Cada momento lo es. No des por sentado que aún te queden futuros buenos momentos por vivir, haz de cada momento presente un momento bueno, porque el futuro quizá nunca llegue.



Alba y Mikel se levantaron para salir de clase de literatura cuando sonó la campana.

Las tripas de Mikel sonaron y Alba le miró con los ojos abiertos.

—Me muero de hambre, hoy creo que voy a repetir—dijo su amigo encogiéndose de hombros y sonriendo.

—No me sonrías—le dijo Alba—todavía estoy enfadada contigo.

—Oh, vamos... te invito al postre, Alba... anda...—le sonrió y ella le sonrió también.

—No es justo, no me duran los enfados contigo. Y te mereces que no te hable en un mes. No vuelvas a hacerme una de estas Mikel, Guillermo... no me gusta—reconoció la chica hablando bajito, algo cortada.

—¿Y quién te gusta entonces? —preguntó Mikel colgándose la mochila y empezando a andar.

—Nadie—dijo Alba poniéndose ya no colorada sino púrpura.

—Te gusta alguien...—sonrió su amigo dándose cuenta de cómo se ponía.

—¡No! —gritó ella y le dio un empujón.

—Mikel, ¿puedo hablar contigo un momento? —le preguntó la profesora de literatura cuando los dos chicos llegaban a la puerta.

—Mierda—murmuró Mikel.

—¿Qué has hecho? —le vocalizó Alba sin decir una palabra, a lo que su amigo se encogió de hombros sin saber.

—Claro, señora Flores—sonrió Mikel y se acercó a su profesora.

Alba se apoyó fuera de clase a esperar a Mikel, pensando aún en la conversación que acababan de tener.

Frente a ella, un bullicioso día de invierno en el instituto. El ambiente era vibrante y lleno de energía, con alumnos llenando los pasillos y patios en todas direcciones. El sonido de conversaciones animadas, risas estruendosas y el ocasional grito llenaba el aire, creando un murmullo constante que caracterizaba la vida estudiantil.

El ruido no solo provenía de las conversaciones y las risas; también se escuchaban bromas y chistes, a menudo seguidos de risas estrepitosas que resonaban por los pasillos. En ocasiones, se podían oír discusiones o peleas entre estudiantes, aunque los profesores patrullaban vigilantes, interviniendo rápidamente para restaurar la paz.

Aunque sus pensamientos iban a mil por hora.

¿Le gustaba alguien? ¿Le gustaba... Manuel? Se llevó la mano al pecho, justo donde el chico le había descubierto sus propias pecas. Esa noche cuando se cambió de ropa, estuvo contemplándose delante del espejo en sujetador y pasando suavemente un dedo justo por donde

él lo había pasado, trazando un corazón sobre los cuatro puntos.

¿Qué significaba aquello? ¿Significaba que ella le gustaba a Manuel? No lo creía... él simplemente se reía de ella, lo había hecho desde que con su enorme boca se le ocurrió decirle que ella besaba mejor que él... Y ella era la que había ido a besarle de aquella forma en primer lugar... Todo esto solo era un juego para Manuel, porque ella no podía ser otra cosa que la amiga de su hermano pequeño...

Mikel salió de clase y Alba se acercó a él.

—¿Qué quería la señora Flores? —preguntó entre curiosa y preocupada.

—Ah, nada, nada malo—sonrió Mikel—solo quería darme este libro para Manuel—añadió dándoselo.

Alba vio que era una edición de lujo de *"Cumbres Borrascosas"*.

—También quería saber si era cierto que no había ido a la universidad—musitó algo triste—Me ha estado diciendo que le pida que la llame, que quizá podría ayudarle a que tomara algunas clases a distancia o así.

—Qué bien—sonrió Alba.

—No la va a llamar—aseguró Mikel.

Los dos chicos entraron en la cafetería del instituto y cogieron las bandejas para empezar a echarse la comida.

—¿Y por qué tuvo que dejar la universidad? —preguntó Alba. Lo cierto era que nunca había preguntado por la situación en casa de Mikel, había aceptado las cosas tal y como estaban, de hecho, casi no se había fijado en Manuel... pero ahora todo había cambiado. Ahora, al parecer, el chico le interesaba.

—Cuando mi madre tuvo aquella crisis y la ingresaron, mi padre, Manuel y yo nos pasamos dos días al lado de su cama. Pensábamos que no lo superaría. Una vez nos dijeron lo que tenía, mi padre nos pidió que saliésemos de la habitación, que quería hablar con ella a solas.

Ahí fue cuando le confesó que estaba viendo a otra y que se iba. De hecho, ya sabes que cuando volvimos del hospital ya no estaban ni sus cosas en casa. Manuel y yo entramos en la habitación al salir mi padre y yo vi que, aunque los médicos nos dijeron que a mi madre le quedaban entre uno o dos años de vida, ella estaba muerta, Alba. Sus ojos no tenían vida cuando nos dijo que mi padre ya no viviría más con nosotros.

Manuel le dijo que no se preocupara, que no le necesitábamos y que él se encargaría de todo... y eso hizo—explicó Mikel.

—¿Y tú? —preguntó Alba girándose a él.

—Pues yo... le dejé hacerlo—reconoció el chico.

Alba sacó el dinero para pagar su almuerzo.

—Espera, te dije que te invitaba al postre—sonrió Mikel.

—No Mikel... no voy a dejar que me invites al postre—dijo Alba molesta.

Aquella noche, Manuel llegó del trabajo prácticamente arrastrando los pies. Al poner la llave en la cerradura la puerta se abrió desde dentro y algo de su cansancio se desvaneció al ver que era Alba quien salía de su casa.

—¿Ya te vas, pecosa? —le preguntó interponiéndose ante ella con sonrisa pícaro, y se le amplió al ver lo colorada que se ponía la chica.

—Este... sí... es... es tarde...—dijo Alba intentando evitar mirarle.

—¿Hoy no hay mares? —preguntó acercándose un poco a ella y haciendo un puchero.

—No, La Luna está en cuarto menguante—respondió la chica sin pensar mirando al suelo. Con Manuel le pasaba casi siempre que hablaba como sin controlar lo que decía.

—¿Ni beso? —susurró Manuel acercándose tanto a ella que Alba notó la respiración del chico contra la piel de su cuello, lo que se la erizó por completo e hizo que levantara los ojos espantada a mirarle.

—¡Quita! —le dijo también en un susurro apartándolo y pasando sobre él para bajar a su casa a toda velocidad con la risa a carcajadas de Manuel tras ella.

Manuel soltó el casco en la entrada y se acercó a donde estaba su hermano, tirándose junto a él en el sillón en lo que se había empezado a convertir en su lado ya que tenía un pequeño surco negruzco.

Mikel estaba sentado en el sillón del salón y miraba unas páginas web en el ordenador que le había pedido prestado a Alba. Ellos en su casa no tenían wifi, pero les llegaba la de la casa de la chica, lo cual les venía muy bien cuando Mikel y ella hacían los deberes o algún trabajo allí.

Manuel dio un gran suspiro estirándose y miró a su hermano quien estaba muy concentrado en la pantalla del portátil.

—¿Qué haces con eso? —preguntó levantándose a coger el mando de la televisión que reposaba sobre la mesita del café.

—Me lo ha dejado Alba—dijo Mikel sin levantar la vista.

—Ya sé que te lo ha dejado ella, pone *Alba* en rosa con brillantina encima de la manzana de la tapa. Te pregunto qué haces—dijo dando un suspiro cerrando los ojos al echar el cuello hacia atrás. Estaba deseando irse a la ducha, pero necesitaba descansar esos cinco minutos.

—Estoy buscando trabajo—dijo Mikel aún sin mirarle.

—¿Cómo? —preguntó Manuel abriendo los ojos e incorporándose de un salto.

—Sí, Alba cree que...

—¿Alba cree? —cortó Manuel a su hermano, empezando a enfadarse.

—Pues que tengo que ayudarte con la casa y los gastos extra de mamá, y tiene razón—explicó Mikel cerrando la tapa y poniendo el portátil sobre la mesa de café.

—Mikel, yo ya he terminado el instituto, tú no—dijo Manuel.

—Bueno, pero podría buscar algo temporal por las tardes, así tú podrías echar menos horas y quizá apuntarte a alguna clase a distancia o...

—¿La pequeña metomentodo y tú lo tenéis todo pensado eh? —preguntó Manuel enfadado.

—No, lo he estado...

—Mikel, no nos engañemos—le interrumpió — ¿Crees que vas a ser capaz de trabajar y estudiar a la vez? Ya te cuesta sacar el curso sin otras cosas, Mikel. Y te vuelvo a decir, yo ya he terminado el instituto, tú no. Cuando acabes el instituto hablaremos, pero no ahora. Además, que no hace falta, ¿no tenemos todo lo que necesitamos? Mamá tiene sus medicinas, una enfermera que viene cada día a revisarla, las facturas se pagan y comemos y hasta nos sobra algo. Estamos bien, concéntrate en tus estudios, ¿de acuerdo? Yo me encargo de lo demás—dijo y se levantó estirándose.

—¿De acuerdo? —volvió a preguntar a su hermano desde la entrada al pasillo.

—De acuerdo—sonrió Mikel.

—Mikel, yo quiero que tengas una oportunidad. Que puedas ir a la universidad a estudiar una carrera. Tener un buen trabajo en el que te tengas que duchar para ir, y no que debas de ducharte por fuerza al volver. Y para eso necesitas concentrarte en los estudios. Ese es tu trabajo ahora—sonrió. Mikel le asintió y se giró a poner la televisión.

Manuel se asomó a la habitación de su madre antes de pasar por la ducha.

La mujer, enferma y debilitada por el cáncer, descansaba frágil en su cama. Su rostro, marcado por la lucha contra la enfermedad, estaba pálido y demacrado, reflejando el peso de los tratamientos y la fatiga acumulada. Su cabeza estaba envuelta en un pañuelo suave, para cubrir la pérdida de cabello y brindarle algo de más comodidad.

La habitación estaba iluminada por una luz tenue proveniente de la mesilla de noche, que proyectaba sombras suaves y difusas por las paredes. Sobre la cómoda cercana a la cama reposaban varios frascos de medicinas y calmantes, ordenados cuidadosamente como testimonio de los esfuerzos por aliviar su dolor y mejorar su calidad de vida.

La atmósfera era tranquila y serena, impregnada por un aire de resignación y cuidado amoroso.

La cama, con sábanas pulcramente limpias y acolchadas, ofrecía un refugio seguro y confortable en medio de la batalla contra la enfermedad.

Cada respiración era un recordatorio silencioso de su lucha diaria. La respiración de la mujer sonaba suave y calmada y eso tranquilizó a Manuel. Hacía poco que a Anna le habían subido la dosis de los calmantes y se pasaba la mayor parte del día durmiendo. Se acercó hasta la cama y notó un puñal clavándosele en el corazón al ver lo pronto que la enfermedad la había ido devorando, apenas hacía un año y pocos meses que se la habían diagnosticado.

"*Vamos tarde*" fue lo que le dijo el médico, palabras que tenía clavadas como agujas bajo las uñas, dos palabras que habían destrozado su mundo, diez letras, una maldición.

Se agachó a darle un beso en la frente y salió intentando no hacer ruido y recogiendo la bandeja de la cena. Los chicos preparaban la comida los fines de semana para luego solo calentarla entre diario. No hacían cosas muy variadas, apenas pasta, sopa o fritos, y compraban sobre todo precocinados. Algunas veces Alba aparecía con algo más elaborado, como un asado, un bizcocho, o la lasaña de su madre, que Mikel devoraba.

Pasaron varios días de rutina normal.

Manuel iba al trabajo, Mikel al instituto con Alba.

Al llegar el segundo a casa hacía sus tareas y cuando Manuel le avisaba de que iba a llegar tarde se encargaba de dar de cenar a su madre.

Manuel llegaba normalmente a casa con ganas solo de tirarse en la cama. Alguna vez se quedaba dormido en el salón, después de cenar y sin llegar a su cuarto.

Un viernes por la noche, Manuel llegaba con la moto y vio que Alba salía del portal llevando unas bolsas de basura, por lo que se acercó hasta los contenedores en lugar de ir hacia el garaje, y aparcó la moto en la acera de enfrente, esperando que la chica cruzara tras dejar las bolsas allí.

Como de costumbre, la calle estaba silenciosa, iluminada por farolas esparcidas aquí y allá. Puso la patilla y se sentó en el asiento a esperar a que la chica volviera.

A Alba nada más verlo se le aceleró el pulso, no pudo evitarlo. Se concentró en sus pasos para no tropezar y que se riera de ella.

—Tengo que hablar contigo, pecosa—dijo el chico levantándose y acercándose hacia ella a grandes zancadas. Alba se paró en mitad de la calle al ver cómo la miraba.

—¿Quién te crees que eres? ¿Crees que lo sabes todo? Eres muy lista, ¿verdad? —dijo haciendo aspavientos, parecía estar furioso con ella y Alba no lo entendía.

—¡No me hables así! ¿Qué te he hecho yo, idiota? —le dijo enfadada y asustada de verlo de aquel modo.

—No te metas donde no te llaman, ¿me oyes? No tienes porqué meterte en cómo Mikel o yo vivimos nuestras vidas, no necesitamos tu ayuda, muchas gracias—dijo Manuel.

—Se te va la olla—le dijo Alba dolida de que le hablara así e intentó empezar a andar para

pasarle y alejarse de él.

—Eh, que te estoy hablando—dijo Manuel tomándola del brazo y parándola—NO vuelvas a meterle a Mikel ideas de que tiene que trabajar ni cosas así. No tienes derecho. Métete en tus cosas, pecosa. Mikel y yo estamos bien. ¿Crees que eres mejor que nosotros? ¿Qué no sabemos lo que nos hacemos? —le dijo.

—Suéltame, yo solo quería ayudarte—le dijo Alba con las lágrimas brotándole de los ojos.

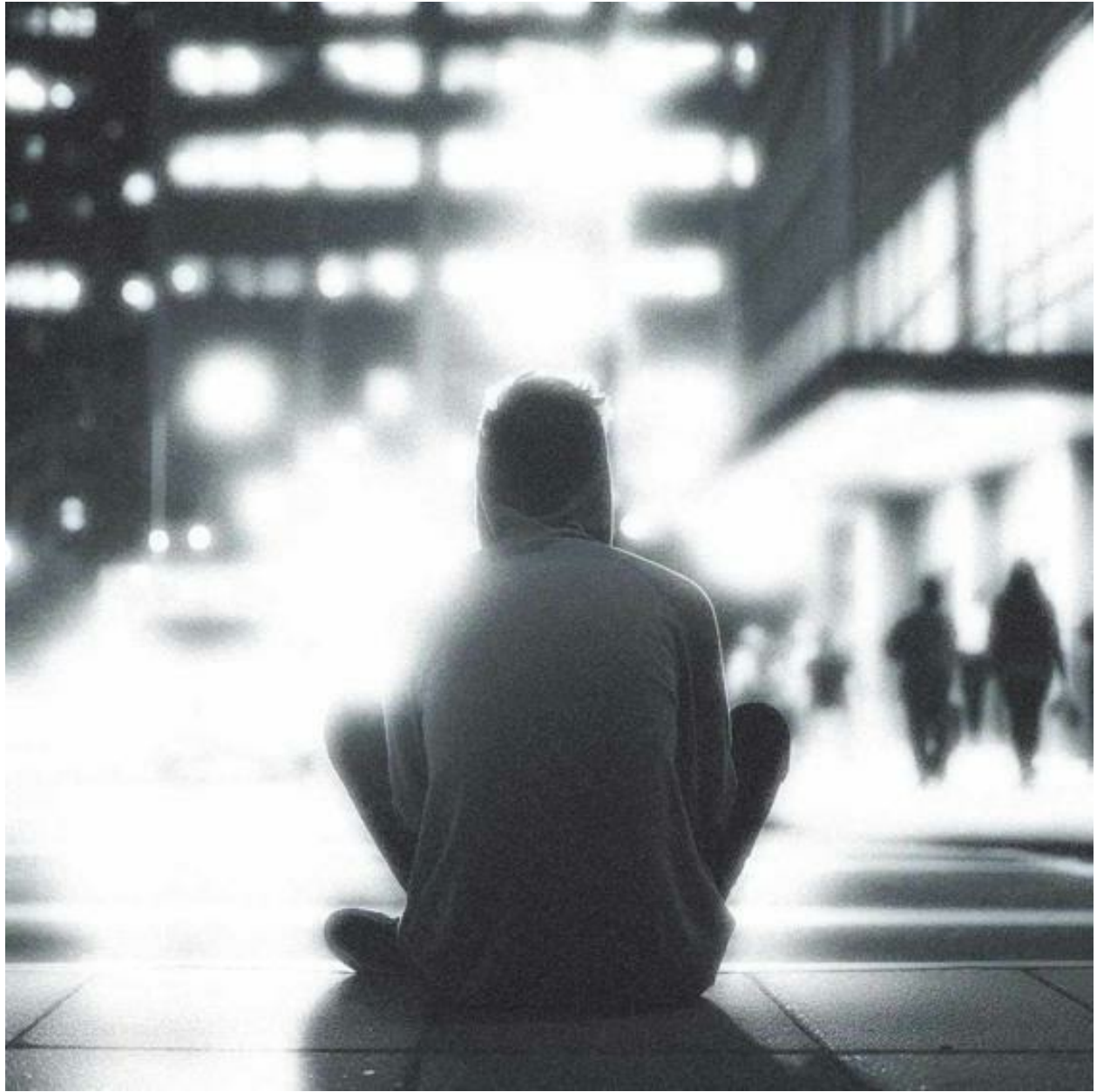
Manuel la vio llorando y supo que se había pasado, que había ido demasiado lejos, así que la soltó sin saber qué decir. Ver aquellas lágrimas le dolió a él casi tanto como sus palabras le habían dolido a Alba.

La chica salió a correr hacia el portal envuelta en llanto y Manuel tiró el casco de la moto contra el suelo.

Frustrado y furioso, se llevó ambas manos al cabello y gritó mirando a la noche.



Levántate, porque solo tú puedes curar tus heridas. Confía en que puedes, siente que puedes, cree que puedes... Y solo habrá algo a lo que no puedas vencer. Una única palabra.



—Joder—espetó Manuel y salió corriendo por donde se había ido Alba.

Cuando llegó al portal vio que la chica estaba delante de la puerta del ascensor, esperando a que llegara.

—¡Alba! —gritó dando un golpe en la puerta, la chica se giró hacia él y le miró con algo de miedo.

Manuel sacó las llaves para abrir el portal, cuando giraba el pomo llegó el ascensor y vio cómo Alba se subía a toda prisa, huyendo de él. Corrió todo lo que pudo, pero solo consiguió llegar en el momento en que el aparato comenzaba a subir.

—¡Alba! —volvió a gritar. Dio un golpe a la puerta del ascensor, pegó la cabeza contra la puerta y suspiró apoyando ambas manos una a cada lado—Perdona...—murmuró. Se giró y salió en busca de su casco y de su moto.

Alba entró en su casa y se encerró en su habitación tirándose en la cama y se tapó con la colcha para ahogar el ruido de sus llantos.

La habitación de Alba era un refugio cálido y tranquilo en medio del mundo exterior. Algunos juguetes estaban cuidadosamente dispuestos en estanterías junto a libros y revistas que evidenciaban su curiosidad por el mundo.

El techo estaba salpicado de estrellas luminosas que brillaban débilmente en la oscuridad, creando la ilusión de un cielo nocturno que Alba podía contemplar desde su propia cama. Junto a las estrellas, había posters del espacio, la Luna y planetas distantes, reflejando su fascinación por la astronomía y el universo más allá de la Tierra.

El mobiliario era acogedor y funcional: una cama con sábanas suaves y coloridas, una cómoda de madera donde reposaban sus pertenencias más preciadas, y un escritorio organizado con lápices, cuadernos y un ordenador portátil donde Alba exploraba sus intereses y llevaba a cabo sus estudios.

El ambiente era ideal para relajarse y soñar despierta. Era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, permitiéndole a Alba sumergirse en sus pensamientos y encontrar inspiración en cada rincón de su santuario personal. Su refugio, donde buscó el consuelo para su roto corazón, que no comprendía el por qué Manuel la había tratado así.

Un rato más tarde su móvil comenzó a sonar.

Lo cogió de la mesilla sacando solo la mano de debajo de la colcha y lo metió ahí con ella para contestar.

—¿Sí? —preguntó porque no había mirado quien era, y su voz sonó ronca.

—¿Ya estás sopa? —oyó la voz de su amigo al otro lado y se aclaró la garganta.

—No—dijo con otra voz.

—¿Vienes a ver una peli? —preguntó—Estoy solito y mañana no madrugamos...

—¿Estás solito? —preguntó la chica ante la afirmación de que Manuel no estaba — ¿Y no puedes venirte tú aquí? —probó.

—No puedo dejar sola a mi madre...—respondió Mikel—anda... tengo palomitas de colores...

Alba casi vio la sonrisa inocente de su amigo al otro lado, Mikel no tenía culpa de que su hermano le hubiera gritado, y no le vendría mal un abrazo.

—Me cambio y subo—dijo con un suspiro.

Cuando Alba llegó, la puerta de la casa de Mikel estaba entornada, así que entró y se fue directa hacia la cocina, donde la esperaba su amigo calentando las palomitas.

—Eh Alba—sonrió de oreja a oreja al verla. La chica se había cambiado y llevaba unos pantalones de pijama y una camiseta ancha, que caía dejando un hombro al descubierto.

—¿Le echas un ojo a esto mientras voy buscando un DVD? —preguntó saliendo de la cocina.

—Claro—sonrió Alba al verle tan animado, su altercado de antes con Manuel casi olvidado.

Se acercó al microondas y observó cómo la bolsa de palomitas iba creciendo y el sonido del maíz al estallar inundaba la cocina. Cerró los ojos oliendo ya el dulce maíz.

Mikel abrió la puerta del cuarto de su madre y se acercó a la cama.

—¿Estás bien, mamá? ¿te hace falta algo? —le preguntó al ver que estaba despierta.

—¿Puedes echarme otra manta? —preguntó Anna con voz débil.

Mikel abrió el altillo del armario y sacó una manta, acomodándola después sobre su madre.

—Estoy en el salón viendo una peli con Alba, ¿vale? Llámame si necesitas algo más—sonrió.

—Gracias—susurró la mujer acomodándose mejor en la cama, Mikel vio como al poco estaba dormida.

Fue al salón y se sentó en el sillón, encendiendo la tele. Alba apareció con el bol de palomitas y lo dejó sobre la mesita de café, acurrucándose junto a su amigo en el sillón. Se abrazó a él fuertemente y soltó un suspiro.

—Eh—susurró Mikel al ver que Alba sollozaba — ¿Estás bien? —le preguntó rodeándola con sus brazos, la chica tan solo asintió con la cabeza contra su pecho.

—Ahora sí—susurró Alba agarrándose a la camiseta de su amigo.

Los dos estuvieron un rato en silencio abrazados mientras que Mikel le acariciaba la espalda.

—¿Todo esto es para que te deje elegir la película? —preguntó el chico de broma.

—Me toca a mí—dijo Alba dándole un golpe en las costillas separándose y secándose las lágrimas con la parte de abajo de la camiseta.

—Bueno, mientras que no me digas una del Ryan Gosling...—sonrió Mikel.

—Te encanta el Diario de Noah y lo sabes—le sacó la lengua Alba.

Los dos amigos estuvieron peleándose un rato más sobre quien ponía la película, al final decidieron ver la última de IronMan, que Alba aún no había visto.

De madrugada Manuel llegó a casa y entró sigilosamente para no despertar a nadie. Se sorprendió ver que le llegaba luz del salón.

Allí, Mikel y Alba estaban tumbados en el sillón. En la televisión no había más que nieve. Los dos chicos se habían quedado dormidos uno a cada lado, con la cabeza apoyada en un cojín.

Manuel se acercó a ellos y quitó la voz a la tele, se puso en cuclillas delante de Alba para contemplarla mientras dormía.

Sus labios estaban entreabiertos, sus pestañas se movían levemente, respiraba relajada. Tenía el pelo recogido en un moño atado con un bolígrafo y la camiseta se le había abierto justo mostrando dos de las pecas que tenía sobre su pecho. Resistió la tentación de acariciárselas. Manuel se sentó sobre sus tobillos y ni supo el tiempo que se la quedó mirando, hasta que finalmente se atrevió a despertarla.

—Eh—le susurró moviéndole suavemente el hombro—pecosa—volvió a moverla.

La chica se despertó y al verle delante de ella se asustó incorporándose rápidamente en el sillón, por un momento no supo dónde estaba. Miró a su alrededor y vio que todo estaba a oscuras, iluminado tan solo por la luz de la televisión. Mikel dormía medio roncando a su lado.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Manuel en un susurro con gesto de pena, ella negó con la cabeza—por favor...

Alba no sabía muy bien qué decirle, se abrazó a sí misma y se quedó mirándole a los ojos, parecía realmente apenado. Se apiadó de sus ojos y le asintió sin decir nada más.

Manuel sonrió y se levantó tendiéndole la mano, que ella aceptó para que la ayudara a levantarse. El chico en silencio la guio hasta su habitación llevándola aún de la mano y la sentó en su cama.

—Un segundo—le dijo y salió.

Alba oyó cómo Manuel abría otra puerta y pensó que era la habitación de su madre, que el chico quería comprobar que estaba bien. No supo por qué, pero eso le transmitió una sensación de calor en el pecho.

Cuando Manuel volvió, de pronto todos los nervios de su cuerpo que estaban adormilados despertaron a la vez, y cuando el chico se sentó en la cama junto a ella fue consciente del todo de dónde estaba y de con quién estaba.

—Siento haberte hablado antes así, pecosa—susurró Manuel sin mirarla, mirando aún al suelo. Tenía los codos apoyados sobre sus rodillas y las manos entrelazadas.

—Estaba cansado y enfadado y lo he pagado contigo, porque no se me da bien abrirme a los demás, perdona—murmuró sin levantar la vista.

Alba no dijo nada, pero acercó la mano hacia la del chico y la entrelazó con la de él.

Manuel se giró a mirarla y ella le estaba sonriendo, una sonrisa preciosa bajo aquellos ojos adormilados. Levantó la mano que no tenía entrelazada con la de Alba y se giró hacia ella para apoyarla en su mejilla, acercándose poco a poco a su cara para besarla.

Alba se soltó y se echó hacia atrás, asustada.

—Es tarde, tengo que irme—dijo levantándose, Manuel se levantó con ella y volvió a entrelazar sus manos, acercando su frente a la de la muchacha que se había quedado inmóvil.

—Solo un beso de buenas noches, pecosa—le dijo en un susurro, ella se apartó para mirarle a los ojos.

—No cuando has fumado—le dijo Alba seria poniéndole un dedo sobre los labios y el chico rio suavemente, asintiendo y dejándola marchar.

Cuando Alba pasó por el salón, Mikel, roncando, se había acomodado ocupando completamente el sillón. Sonrió y se fue a su casa.

El tiempo transcurría y las vacaciones de navidad se acercaban.

Mikel y Alba pasaban juntos mucho tiempo estudiando, pero Manuel apenas los veía. Había estado echando muchas horas extra para algo especial. Alguna noche ayudaba a Mikel a estudiar cuando llegaba del trabajo y lo encontraba preocupado entre apuntes en la mesa de la cocina.

El día de las notas, Mikel esperaba nervioso en el salón a que su hermano llegara a casa. Cuando oyó la llave y la puerta de la entrada corrió hacia él con la sonrisa de oreja a oreja y un sobre en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Manuel cuando se lo tendió.

—Mis notas—sonrió Mikel.

—Ábrelo tú, tengo las manos sucias—dijo el chico mostrándoselas.

Mikel lo abrió y se lo mostró, había sacado dos bien, cinco notables y tres sobresalientes. La sonrisa de Manuel también se amplió de oreja a oreja.

—Es genial, hermano—dijo y le abrazó, ya sin importarle que estuviera manchado.

—Espera, tengo una sorpresa—dijo Manuel entrando hacia su habitación y saliendo de ella con un sobre un poco después.

—Es un regalo por tus buenas notas—le sonrió tendiéndoselo.

—¿Por mis buenas notas? ¿Cómo tenías un regalo si las acabo de recibir? —preguntó Mikel sin comprender.

—Confiaba en ti—le guiñó su hermano—anda ábrelo—le pidió.

—Gracias—dijo Mikel abriendo el sobre embargado por la emoción.

Dentro del sobre había dos entradas para un concierto.

—¡Estopa! —gritó al sacarlas y ver de quién eran, eran para ese mismo fin de semana, en el pueblo de al lado. Manuel había estado ahorrando varias semanas para poder comprarlas. Incluso había estado hablando con una de las enfermeras del hospital que venía por las mañanas, para contratarla y que se quedara con su madre las horas que ellos pasaran fuera. Sonrió al ver la alegría de su hermano.

—A Alba le va a encantar—añadió Mikel.

—¿A Alba? —preguntó Manuel dejando de sonreír, notando que se le rompía un poquito el corazón.

—Claro, es su grupo favorito, ¡voy corriendo a decírselo! —dijo Mikel dirigiéndose hacia la puerta, pero se giró en el último momento y se volvió a darle un abrazo a su hermano.

—Gracias, Manu—le dijo justo antes de salir corriendo de nuevo. Manuel suspiró apenado y, resignado, se fue hacia su cuarto para ducharse.

El día del concierto, Manuel se preparó una pizza para cenar y se la llevó directamente a su cuarto, para dejarla sobre la cama.

Antes de echarse a cenar se pasó por la habitación de su madre, llamando dos veces antes de entrar.

—¿Necesitas algo, mamá? —preguntó tras asomarse. Tuvo un mal presentimiento y se acercó a la cama—Mamá, ¿estás bien? —le preguntó.

Manuel tocó la frente de su madre y notó que estaba ardiendo, la mujer tenía los ojos entreabiertos y la mirada perdida y no le respondía. Fue a su cuarto a por el móvil para llamar a una ambulancia.

La salida del concierto de Estopa era una explosión de emociones y energía contagiosa. Desde el momento en que las puertas del recinto se abrieron, una marea de personas de todas las edades, desde niños pequeños hasta adultos mayores, fluía hacia el exterior con sonrisas radiantes y el eco de las canciones aún resonando en sus mentes.

Familias enteras caminaban juntas, padres con niños pequeños quienes tarareaban “*Fui a la orilla del río*” o “*Por la raja de tu falda*”. Que acababan de escuchar, compartiendo momentos de felicidad y complicidad en medio de la multitud. Grupos de amigos se abrazaban y reían, reviviendo los momentos más memorables del concierto y celebrando la conexión especial que la música había creado entre ellos.

Las luces de la ciudad iluminaban la escena, creando un ambiente vibrante y lleno de color que contrastaba con la oscuridad de la noche. A lo lejos, se escuchaban risas y aplausos dispersos, mezclándose con el murmullo constante de la gente que se dispersaba en todas direcciones.

Alba y Mikel salían entre esa multitud, gritando la letra de “*Ojitos Rojos*” y dando saltos llenos de emoción. Habían tenido una gran noche, cantando a pleno pulmón las canciones favoritas de ambos, saltando emocionados...

Mikel se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar su móvil y se preocupó al ver que tenía veinte llamadas perdidas y como otros tantos mensajes.

—Mierda—exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Alba al ver la cara que ponía su amigo.

—Es Manuel—dijo Mikel con el móvil ya en la oreja.

El hospital público era un escenario bullicioso y lleno de actividad frenética. Desde el momento en que se ingresaba, el aire vibraba con el murmullo constante de conversaciones apresuradas y el eco de llamadas a médicos y pacientes que resonaban por los pasillos.

El ambiente era caótico pero organizado, con enfermeras y médicos moviéndose rápidamente entre las habitaciones y estaciones de trabajo, cada uno con un propósito claro y una determinación palpable. Vestidos con batas blancas y con rostros serios pero compasivos, formaban un equipo coordinado que trabajaba incansablemente para proporcionar atención médica y confort a los pacientes.

A lo largo de los pasillos, se veían camas deslizándose silenciosamente, guiadas por celadores concentrados en su tarea. Estas camas transportaban pacientes que parecían frágiles pero cuidados, mientras el personal hospitalario aseguraba que cada movimiento fuera suave y seguro.

Las salas de espera estaban llenas de familiares preocupados y pacientes que aguardaban su turno, algunos ansiosos mientras otros intentaban mantener la calma en medio del tumulto. La luz fluorescente brillaba sobre los azulejos blancos y brillantes que revestían las paredes, creando un ambiente clínico pero funcional.

Manuel observaba apoyado en el pasillo, fuera de la habitación donde su madre descansaba. Tenía una cajetilla de tabaco en una mano y un cigarrillo sacado. Daba golpes con el cigarrillo sobre la cajetilla, nervioso. Recibía alguna nada bien disimulada mala mirada cuando al pasar una enfermera veía lo que tenía en las manos.

—¡Manu! —levantó la cabeza y vio como Mikel y Alba corrían hacia él.

—¿Qué tal está? —preguntó Mikel cuando estuvieron a su altura, frente a la puerta de la habitación.

—Mejor, ya está estable—respondió Manuel.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Mikel.

Manuel antes de responder miró a Alba, la chica lo notó, ¿por qué no quería decir lo que había pasado delante de ella? Obviamente a Mikel no le importaba que ella supiera nada, además, a ella también le preocupaba. ¿Por qué le costaba tanto a Manuel confiar?

—Ha sido una infección, tiene el sistema inmune prácticamente destrozado—dijo Manuel.

—En cristiano, Manu—le pidió su hermano, nervioso.

—Que su cuerpo no lucha con las enfermedades y le afectan más—le explicó Alba.

—¿Qué te pasa, pecosa? ¿No puedes evitar ser una listilla? —dijo Manuel mirándola algo molesto—Pasa si quieres—le dijo a su hermano. —Yo voy a salir a fumar, ahora que estás aquí.

El chico entonces le dio una palmada en el hombro a su hermano y empezó a andar alejándose de la habitación para bajar en el ascensor poco después.

Manuel estaba en la acera frente al hospital para poder fumar, daba pasos de un lado a otro y ya iba por el segundo cigarrillo.

Junto a él, en la tranquilidad de la madrugada, se congregaban varias personas que hablaban en voz baja, compartiendo momentos de descanso entre cigarrillos encendidos que emitían débiles volutas de humo hacia el cielo oscuro y estrellado. La atmósfera estaba cargada de una calma tensa, interrumpida solo por el murmullo ocasional de voces apagadas y el suave crujir de las hojas bajo los pies.

El entorno estaba iluminado de forma tenue por la luz de farolas dispersas que proyectaban sombras largas y difusas sobre el pavimento. Esta iluminación escasa creaba un ambiente de misterio y quietud, haciendo que cada sonido resonara con mayor intensidad en la noche tranquila.

A veces, el escenario se veía interrumpido por la llegada de una ambulancia. Sus luces parpadeantes y el sonido del motor resonaban en el silencio de la madrugada, iluminando la escena con destellos rojos y azules que cortaban la oscuridad circundante. El brillo intermitente de las luces de emergencia reflejaba en los rostros de las personas, mientras observaban cómo el vehículo se detenía con precisión frente a la entrada del hospital.

Las conversaciones se detenían momentáneamente, remplazadas por un silencio respetuoso mientras observaban la escena con una mezcla de expectación y esperanza.

En un uno de sus paseos, al girarse, Manuel vio a Alba tras él.

La chica no dijo nada, simplemente se acercó y le rodeó la cintura desde abajo, apretándose a él

y apoyando la cara en su pecho. Manuel no la abrazó por respuesta, y como veía que él no reaccionaba la chica se apartó un poco.

Manuel no quería que ella le viera derrumbarse. No quería que le viera frágil y asustado como estaba, pensando que su madre se iba a morir. No soportaba que lo viera sintiendo que no tenía claro qué debía hacer, que no tenía soluciones.

Así que Manuel hizo lo peor que podía hacer. Dio una calada al cigarrillo que tenía en la mano, y mirándola enfadado le echó el humo en la cara. La chica tosió y le apartó empujándole con fuerza en el pecho con ambas manos, haciendo que Manuel diera un paso atrás y cruzó la acera para volver al hospital junto a Mikel.

Cuando Manuel la vio entrar en el hospital, se sentó en la acera, lanzó el cigarrillo lejos y rompió a llorar desconsolado.

Alba recordó entonces lo que Manuel le había dicho en una ocasión *"no se me da bien abrirme a los demás"*. Entonces lo comprendió. Eso era exactamente lo que le pasaba al chico. La apartaba. ¿Por qué hacía aquello? ¿Es que pensaba que era una niñata que no podría ayudarle? Se dio la vuelta para ir a decirle todas aquellas cosas, a gritárselas si hacía falta. Pero antes de cruzar lo vio sentado en la acera, con la cabeza escondida entre las piernas, desde lejos se le veía que se agitaba levemente. Alba adivinó que estaba llorando. Y todo su enfado con él se le pasó de golpe, no podía ni imaginarse por todo lo que Manuel estaba pasando, pero sí había algo que podía hacer.

Cruzó la carretera de nuevo y agachándose frente a él volvió a abrazarle, esta vez Manuel se dejó abrazar.



Puedes pasarte la vida entera persiguiendo algo que nunca conseguirás, creyendo que la felicidad está en ello, y malgastando tu tiempo cuando podrías haber intentado ser feliz con lo que tenías. Aprovecha al máximo cada cosa que la vida te da... porque puede que un día deje de dártelo.



Manuel se apartó un poco de Alba y se secó las lágrimas.

—Todo va a salir bien—dijo Alba poniendo una mano sobre el muslo del chico.

—No digas eso, no es verdad, además no lo sabes—negó Manuel.

—No, no lo sé, pero es que no sé qué decir...—reconoció ella acariciándole la espalda, tratando de reconfortarle.

—Pues entonces no digas nada... ¿no te habías ido? —se molestó el chico apartándose de ella y recuperando la compostura.

—Sí, pero he vuelto porque tú me necesitabas—explicó Alba.

—Eres una cabezota, pecosa, y yo no te necesito—le dijo Manuel.

—No, tú eres el cabezota... necesitas ayuda... tú no puedes con todo Manuel—dijo Alba cogiéndole la mano.

—Sí que puedo—dijo Manuel sin querer ceder ni un poco—No pienso derrumbarme, tengo que ser fuerte por ellos. No pienso acobardarme y dejarlos... *como hizo él*—susurró la última parte, y a Alba se le rompió el corazón al saber exactamente a qué se refería.

—Tú no eres como él, Manuel... Tú eres muy fuerte... Pero ni siquiera tú puedes con todo tú solo...—dijo y se atrevió a acercarse y tomar la cara del chico entre sus manos.

—¿Podrías repetirlo? —le preguntó con timidez.

—¿El qué? ¿Que eres muy fuerte? Lo eres, Manuel...casi como un superhéroe —le sonrió la chica de nuevo, mientras que le acariciaba las mejillas suavemente con los pulgares. El chico negó sonriente.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tus labios...—le aclaró.

—Manuel—susurró Alba de nuevo, y se acercó a depositar un suave beso en su boca.

El chico se quedó con los ojos abiertos, sorprendido de lo madura y fuerte que era también la chica que tenía entre sus brazos, y agradecido por el apoyo que le daba. Se sintió menos solo, se sintió tan bien... Se permitió ser un poco él mismo, como le pasaba siempre que estaba con ella. La abrazó suspirando y apoyó su cabeza contra la de Alba.

—Creía que no me besarías si había fumado—dijo con una sonrisa.

—Hasta yo puedo hacer una excepción—sonrió Alba, y ambos se abrazaron más fuerte.

Los días en que Anna estuvo en el hospital, Mikel no tenía clases por las vacaciones y él se quedaba por las mañanas y tardes. Alba iba a hacerle compañía algunas de esas tardes y le llevaba comida que su madre le preparaba. También dejaba comida en casa de los chicos, para que Manuel pudiera cenar cuando fuera a ducharse y cambiarse para ir a pasar la noche en el

hospital.

Dormir en aquel sillón junto a la cama de su madre le estaba destrozando, por lo que se alegró cuando los médicos les dijeron que le darían el alta para poder pasar las navidades en casa.

Alba y sus padres se marcharon unos días a pasar la noche de navidad en casa de sus abuelos, reuniéndose toda la familia como hacían cada año.

Manuel y Mikel se alegraron de que su madre se encontrara algo mejor y los tres pudieran cenar juntos en el salón, como hacían cada año.

—Estás muy guapa—le sonrió Mikel a su madre, ella le sonrió también en respuesta.

—Tenemos que hacernos una foto junto al árbol, como siempre—sonrió. Manuel le miró serio al ver que su madre se entristecía al pensar quizá en las navidades pasadas, navidades en que habían sido más felices, o navidades futuras en las que ella no estaría.

—Mañana la haremos—dijo Manuel levantándose para empezar a recoger la mesa.

—No—dijo Anna haciéndolo detenerse en su tarea y mirarla—Trae la cámara, Manuel—le sonrió y el chico le sonrió también.

Mikel trajo el árbol que habían comprado y lo puso sobre la mesa, puesto que era un árbol pequeño. No se podían comprar uno mucho más grande por culpa de las facturas, pero en ese momento les pareció el mejor del mundo.

Manuel colocó la cámara sobre el televisor y corrió para sentarse a la derecha de su madre, ella les tomó las manos a ambos hijos y los tres miraron sonrientes a la cámara, y, por un momento, todos se sintieron mejor. Fue como si pudieran permitirse un poco de felicidad.

Mikel acompañó a su madre a su habitación y la ayudó a acostarse.

Manuel terminó de recoger todo y sintió que estaba demasiado cansado como para subir a fumar a la azotea, por lo que se sentó en la cocina, cerca de la ventana, y se encendió un cigarrillo ahí mismo.

Mikel llegó junto a su hermano mirando al móvil.

—¿Dentro de casa, Manu? —le preguntó al ver que estaba fumado.

—Dame un respiro, Mikel—le dijo Manuel por toda respuesta y se apartó para volver a mirar por la ventana. Se volvió a su hermano cuando le oyó reírse.

—¿Qué haces? —le preguntó al verlo tan divertido mirando el móvil y escribiendo.

—Nada—rio Mikel—Alba, que está loca—se rio—dice que va a matarme por haber quedado con Vanesa otra vez.

Manuel sintió una pequeña punzada al darse cuenta de que él no tenía el móvil de Alba, y de que

no podía hablar con ella siempre que quisiera, como hacía su hermano.

—¿De verdad no te importa que me vaya? —preguntó Mikel.

—Claro que no, diviértete—dijo Manuel apagando el cigarrillo y cerrando la ventana—Yo me pienso tirar en la cama y no levantarme hasta las diez por lo menos—dijo pensando en que por la mañana ayudaría a su madre con el desayuno y el aseo como hacía normalmente, aunque un poco más tarde al no trabajar.

—No seas tonto, volveré temprano, no pongas el despertador, Manu, descansa un día que puedes —dijo Mikel sonriendo—Yo me encargo.

Manuel se acercó a su hermano y le dio un abrazo.

—Feliz Navidad, Mikel — le dijo palmeándole.

—Yo también te quiero, Manu—sonrió Mikel y el mayor le revolvió el pelo provocándole una protesta.

—¡Me acababa de peinar! —se quejó acercándose al espejo de la entrada.

—Hazme caso—dijo Manuel yéndose hacia su cuarto—Así triunfarás más—le sonrió y desapareció por el pasillo.

Unos días más tarde, Manuel estaba tumbado en la azotea, sobre uno de los respiraderos de los ascensores, viendo las estrellas y tratando de relajarse.

Oyó unos pasos sobre la grava y cerró un momento los ojos deseando que ojalá fuera ella la que había subido allí. Oyó que la chica se quejaba al sentarse junto a él.

—¿Qué pasa, pecosa? —sonrió Manuel incorporándose a la altura que estaba ella.

—Estás fumando—protestó Alba.

—Ya no—sonrió el chico lanzando al lateral la colilla que tenía casi consumida.

Alba dio un resoplido y se tumbó junto a él mirando el cielo, igual que estuviera Manuel hacía un momento. Manuel la imitó tumbándose de igual modo con su brazo derecho apoyado tras la cabeza y el otro sobre el pecho. Alba dejó ambas manos sobre el pecho, cruzadas a la altura del abdomen.

Una noche clara y estrellada envolvía el firmamento, regalando un espectáculo celestial que cautivaba los sentidos. El cielo estaba pintado con puntos brillantes y titilantes, dispersos en constelaciones que parecían contar historias antiguas entre sus luces intermitentes.

Alba y Manuel la contemplaban ensimismados, sus cabezas inclinadas hacia arriba, sus ojos fijos en el vasto lienzo nocturno que se extendía sobre ellos.

El aire estaba fresco y tranquilo, apenas movido por una suave brisa, como si el universo mismo

se hubiera detenido para permitirles contemplar su belleza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Manuel mirándola por el rabillo del ojo.

—Mikel me ha dicho que habías salido, he pensado que quizá estarías aquí—dijo Alba sintiendo cómo se ponía colorada como un tomate y agradeciendo que él no pudiera verla en la oscuridad de la noche.

—¿Llegas y preguntas por mí? Mikel va a pensar que te gusto—sonrió Manuel girándose hacia ella.

—Mikel no creo que se dé cuenta de eso hasta que...—dijo Alba y al escucharse lo que había dicho se dio mentalmente una torta en la frente y cerró los ojos.

—Así que ¿te gusto, pecosa? —preguntó Manuel realmente divertido.

—No más que yo a ti, Manuel—dijo la chica girándose colorada de la vergüenza, pero altiva, y el chico se tumbó de nuevo boca arriba riendo a carcajadas. Realmente la había echado de menos, pero no se atrevió a decírselo.

Los dos muchachos se quedaron un rato en silencio, simplemente estando el uno junto al otro y contemplando las estrellas.

—Hoy no hay Luna—dijo Manuel sonriendo tenía la mano sobre el pecho, refrenando el deseo de acercarla a la mano de la chica, que notaba pegada contra su cuerpo.

—No—dijo Alba—pero se pueden apreciar algunas constelaciones.

—Siempre tan listilla, pecosa—se rio por lo bajo.

—¡Deja de reírte de mí! —protestó Alba dándole un codazo haciendo que se riera aún más fuerte.

—¿Por qué? Si me encanta reírme contigo—sonrió el chico levantándose y buscando en el bolsillo delantero de su chaqueta.

Alba se incorporó al igual que él y se enfurruñó al ver que sacaba el paquete de tabaco de nuevo.

—¿Qué? —preguntó el chico sacando un cigarrillo—Ya me había hecho a la idea de que hoy no tendría beso—le guiñó.

—Yo solo quería darte una cosa—dijo Alba cogiendo un paquete que había dejado a su lado y que Manuel hasta ahora no había visto.

—Oh... yo... yo no te tengo nada a ti—se avergonzó cuando ella le puso el paquete sobre el muslo.

—Bueno, piensa en algo que me gustaría—sugirió Alba señalándole el paquete en su mano. — Buenas noches—le dijo levantándose y marchándose sin detenerse ni darse la vuelta.

Manuel se quedó mirando el paquete sobre sus piernas y miró también el paquete de tabaco en su

mano. Puso a un lado el paquete de tabaco y fue a abrir el regalo. Dentro había un libro sobre astronomía para tontos.

Se rio a carcajadas al verlo, tanto que hasta una lágrima se le escapó.

Se recogió la lágrima y arrugó el paquete de tabaco haciéndolo un gurrño.

A la mañana siguiente, Alba fue a la cocina a desayunar. Su madre ya la esperaba sentada en la mesa leyendo el periódico.

—Buenos días—le dijo y se acercó a por una taza para echarse un cola cao y ponerlo a calentar en el microondas.

—Buenos días, cariño—le sonrió su madre. —Esta mañana al salir a por el periódico casi piso esto, estaba en la puerta a tu nombre—dijo.

—¿No sabes quién lo ha dejado? —preguntó acercándose extrañada al paquete que yacía sobre la mesa.

—No, ¿vas a abrirlo? —preguntó su madre con curiosidad.

Alba sonrió y cogió el paquete, era una caja de zapatos sin envolver, tan solo atada con un bonito lazo rojo. Alba quitó el lazo y dentro de la caja había media hoja de libreta a cuadros manuscrita con un mensaje "*Feliz Navidad, Pecosa*". Al retirar la hoja, vio que había varios paquetes de tabaco arrugados y rotos.

—¿Quién te regala eso? —preguntó su madre asomándose sobre la caja — ¿Es una broma?

—No—sonrió Alba cogiendo un paquete de la caja y sonriendo como una tonta.

—No hay quien os entienda a los jóvenes...—murmuró su madre volviendo a su periódico.

Alba no le respondió, cogió su taza de cola cao que ya pitaba en el microondas y con gran cariño, como si llevara algo valioso dentro, tomó la caja de zapatos y se fue con ella a su habitación.



CAPÍTULO 7

ROTO

Ser sincero con uno mismo puede ser a veces difícil... Puede ser que un día te sorprendas viendo que te has engañado por miedo o por desconocimiento, porque no te has parado a pensar... Párate un momento, mira en tu corazón. ¿Estás siendo como quieres ser? ¿Haciendo lo que quieres hacer?



Un jueves por la tarde Manuel llamó a casa de Alba. Estaba nervioso por ir a buscarla, era la primera vez que lo hacía en toda su vida, pero no tener el móvil de la chica y no querer pedírselo a Mikel acarreaba esos problemas.

La madre de Alba le abrió.

—Hola, María—saludó — ¿Está Alba? —preguntó.

—Sí, un momento—asintió María— ¡Alba, te buscan! —llamó hacia dentro y Alba salió del salón sorprendiéndose de que Manuel estuviera en su puerta junto a su madre, intentó concentrarse en no ponerse roja como un tomate.

—Hola p... Alba—saludó Manuel cuando la chica llegó a la puerta, no queriendo usar su mote particular delante de su madre — ¿Puedo hablar contigo un momento? —sonrió.

—Claro—sonrió Alba, quien miró a su madre que aún no se había ido.

—Hasta luego—se despidió la mujer y los dejó solos.

—¿Qué quieres? —preguntó Alba curiosa.

—Quisiera pedirte un favor...—sonrió el chico llevándose una mano al pelo.

—¿Un favor? —se extrañó Alba.

—Sí... verás... es que... quiero comprarle algo a Mikel, y necesito tu ayuda... yo no entiendo de eso tanto como tú—sonrió. Había conseguido por fin el dinero para poder comprar el portátil a su hermano, y, aunque entendía de ordenadores más que de sobra, le pareció la excusa perfecta para hacer algo diferente con la chica, para variar, y así poder conocerla un poco más.

—¿Pero hay algo de lo que tú no entiendas? —preguntó Alba coqueta.

—No todos somos tan empollones como tú, *pecosa*—susurró por si su madre aún podía escucharle—pero últimamente entiendo bastante más de estrellas y tal... ¿sabías que La Luna tiene mares? —preguntó sonriendo.

—Eso me habían dicho—sonrió Alba a su vez. —¿Y cuando quieres que vayamos? —preguntó.

—¿Te va bien ahora? —preguntó el chico enseñándole que había traído los dos cascos de la moto.

—Vale—aceptó ella y buscó tras la puerta en el perchero su chaqueta y su bolso.

—Mamá, voy a salir—dijo y cerró la puerta, acompañando a Manuel hasta el ascensor.

Cuando los dos estuvieron montados y Manuel pulsó el garaje, él le dio el casco de la moto.

—Tenías muy claro tú que iba a ir contigo, ¿no? —preguntó Alba mostrándole dicho casco.

—Tenía una corazonada—sonrió Manuel acercándose y trazando de nuevo, sin rozarla, un corazón sobre la zona donde tenía sus pecas en forma de rombo. Alba agradeció entonces el estar

apoyada en la pared del ascensor, porque las piernas se le volvieron de gelatina.

Mikel estaba friéndose unos filetes cuando le llamaron por teléfono.

—Hola—contestó cortado al ver que era Vanesa quien le llamaba.

—Pues no, es que no he tenido...—la chica al otro lado estaba enfadada porque no había sabido nada de él desde que salieron la noche de navidad.

—Sí, pero...—Muy enfadada porque no dejaba hablar a Mikel. Él no la había querido llamar porque la última vez que salieron todo había sido vacío. No había disfrutado el besarla o acariciarla como otras veces. Se había alegrado de haberle dicho a Manuel que llegaría temprano y poder ponerle esa excusa para irse.

—No, Vanesa, yo es que...—la chica estaba diciéndole que quizá no era buena idea que se volvieran a ver. En ese momento el olor a quemado le alertó, y vio que se había olvidado completamente de los filetes que había dejado en la sartén.

—Tengo que colgar—dijo rápidamente dándose cuenta de que quizá con eso había acabado para siempre con su relación con Vanesa, aunque tampoco le importó demasiado.

Echó el desastre que había quedado en la sartén a la basura y abrió la ventana del lavadero para que saliese el humo que se había formado, esperando que Manuel no lo notase y le regañara.

Al asomarse vio la moto de su hermano llegar con una chica, y se quedó a espiar curioso. Cuando la chica se bajó y vio que era Alba se quedó mirando con la boca abierta.

—Gracias por ayudarme—dijo Manuel quitándose el casco y cogiendo sonriente el que le tendía Alba.

—De nada—dijo la chica—eres un buen hermano, Manuel—le alabó—a Mikel le va a encantar.

—Si no le gusta pienso echarle las culpas, no le digas ni pío, ¿eh? —sonrió Manuel, ignorando el cumplido que le había dicho.

—Tranquilo—dijo Alba acercándose la bolsa con el portátil dentro. Habían acordado que ella lo guardaría un par de días hasta que Manuel se lo fuera a regalar a Mikel. —Hasta luego—dijo Alba girándose.

—Eh, pecosa—la llamó Manuel haciendo que se volviera — ¿no hay beso de despedida? —preguntó con un dedo en sus labios.

—Depende...—dijo Alba — ¿qué tal llevas lo de dejar de fumar? —preguntó ladeando la cabeza.

—Estupendamente—respondió Manuel a toda velocidad, sin pensárselo.

—Tendrás tu beso cuando eso sea verdad—le dijo Alba sacándole la lengua y Manuel se rio a carcajadas mientras que ella se iba hacia el portal con una sonrisa en los labios.

Cuando Manuel aparcó la moto en el garaje se sorprendió de ver a Mikel parado delante de su plaza con los brazos cruzados, primero le preocupó el que estuviera allí, pero después le pareció que estaba enfadado y no conseguía adivinar porqué.

—¿Qué pasa, Mikel? —le preguntó quitándose el casco y bajándose de la moto.

—No quiero que salgas con Alba—dijo Mikel acercándose a él mientras que colocaba el pitón en la rueda.

—¿Perdona? —preguntó atónito volviéndose a mirar a su hermano.

—Os he visto—dijo Mikel señalando hacia la calle—no te hagas el tonto.

—No me hago el tonto, estoy alucinando—respondió Manuel terminando de cerrar el pitón y sentándose en el suelo cruzado de brazos.

—Os he visto, llegabas con ella en tu moto y habéis estado hablando—dijo Mikel.

—¿Y ahora no puedo hablar con Alba? —preguntó Manuel levantándose.

Alba había bajado al garaje, porque ella también se había quedado con las ganas de darle un beso de despedida a Manuel, pero al verlo junto a Mikel se avergonzó y se ocultó entre dos coches. Los chicos estaban hablando, pero no oía lo que estaban diciendo.

—Tú nunca has hablado con Alba—dijo Mikel molesto.

—Déjate de tonterías, Mikel, estoy cansado —dijo Manuel levantándose y empezando a andar.

—¿De dónde venías con ella? —le preguntó Mikel andando hasta ponerse a su altura.

—No te importa—respondió Manuel girándose. Alba se ocultó más para que no la vieran, ahora sí que podía oír lo que decían.

—Sí que me importa, Manu.

Manuel se giró a su hermano y por un momento pensó en decirle la verdad, decirle que le gustaba Alba, pero todo aquello se hizo demasiado real. ¿Qué podía él tener con Alba de todas formas? No tenía tiempo... no tenía ganas... Estaba demasiado cansado como para pensar en nada más que encontrar su cama cada noche. Ya tenía bastantes problemas para complicarse en nada con ella. Y no lo vio hasta que lo que fuera que estaba empezando con Alba se hizo real al verlo Mikel.

—Mira, venía del trabajo y la he visto salir de una tienda y le he dicho si se venía conmigo, nada más. No quieras ver lo que no hay—le dijo Manuel.

—¿Seguro? —preguntó Mikel levantando una ceja con dudas.

—Seguro—sonrió Manuel.

—Alba es mi amiga, Manu—dijo Mikel — No quiero que salgas con ella y no salga bien. A ti nunca te sale nada bien con las chicas—le dijo dándole donde más le dolía. Pero era verdad, él nunca había tenido una relación que le durara más de un mes o dos, porque entonces le habían pedido que se abriera y nunca lo había conseguido, ni siquiera cuando las cosas eran más fáciles en su vida—No quiero perder a mi mejor amiga por tu culpa—terminó Mikel preocupado.

—No voy a salir con ella, Mikel—dijo Manuel—Solo es una niña tonta—añadió sonriéndole y llamó al ascensor.

Mikel no dijo nada más y los dos hermanos subieron en el ascensor hasta su casa. Cuando Alba oyó que el aparato se alejaba salió de su escondite con los ojos envueltos en lágrimas.

Un par de días más tarde Manuel fue sonriente a recoger el paquete a casa de Alba como habían acordado.

La chica le abrió la puerta enfadada al verlo por la mirilla.

—Hola, *pecosa*—sonrió Manuel, pero se le borró la sonrisa al ver la cara que ella le ponía.

—Ya voy, espera aquí—dijo Alba dándose la vuelta para entrar en su habitación. Al poco estaba de vuelta con la bolsa del portátil de Mikel.

—¿Te pasa algo? —preguntó Manuel extrañado al verla tratarle así.

—¿A mí? Nada—dijo la chica cruzándose de brazos.

—Eso es tan mentira como que he dejado de fumar—le sonrió Manuel travieso, intentando bromear con ella.

—No lo sé, tú lo sabrás, tú eres el mentiroso—dijo ella y le dio con la puerta en las narices.

Al anochecer Manuel subió a la terraza a fumar. Ya no lo hacía todos los días como antes, realmente estaba intentando quitarse y había dejado de fumar completamente en el trabajo. Solo le quedaba el cigarrillo de la tranquilidad, como él lo llamaba. El que a veces cuando su día le era demasiado se echaba en la terraza donde se olvidaba por un momento de todo y de todos.

Pero esa noche no podía dejar de pensar en Alba.

¿Qué le pasaba a la chica? Esa era la clase de complicaciones que no necesitaba en ese momento. Como si no tuviera bastante con todo, ahora tenía que preocuparse por sus peleas de enamorados.

Enamorados... se sorprendió al usar esa palabra. No lo había pensado hasta justo ese momento. Si era sincero consigo mismo, Alba no había sido otra cosa que un rayo de sol para él desde que se le ocurrió pararse en la parada a recogerla. No solo le animaba, también le había ayudado... y realmente le gustaba... ¿estaba enamorado de ella? No lo sabía... no sabía lo que era estar enamorado... Pero ¿y si no salía bien como le había dicho Mikel? ¿Y si se abría a Alba y ella le rompía el corazón?

Aquello le desesperó, aún no había decidido si estaba enamorado de ella o no y ya no podía quitársela de la cabeza. Ni siquiera en ese sitio, su refugio particular, que ahora estaba lleno de recuerdos de él con Alba mirara por donde mirara. Resopló y le dio una calada al cigarrillo, y su enfado se encendió al verla entrar en la azotea cargada con la caja de su telescopio.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Manuel molesto acercándose a ella.

La chica se giró a él para responderle, pero no le habló, simplemente le señaló el telescopio que empezaba a montar, enfadada también.

—Búscate otro sitio, esta es mi azotea, es mi sitio, no puedes estar aquí— dijo Manuel dando una calada al cigarrillo que llevaba para que ella viera que estaba fumando.

—Yo venía aquí mucho antes que tú — espetó Alba enfadada — Y claro que puedo venir, mis padres también pagan esta azotea, también es mi sitio —le recriminó cruzándose de brazos.

—Tú lo has dicho, tus padres. No tú. Yo SÍ que pago esta azotea, pecosa —dijo Manuel acercándose amenazante.

—Claro, porque yo solo soy una niña tonta, ¿verdad? —dijo ella aguantando las lágrimas, y Manuel se calló. Ahí se dio cuenta de lo que le pasaba: que ella lo había escuchado.

—Alba —dijo tendiendo una mano hacia ella tratando de acercarse a la chica, toda su rabia desaparecida por completo al verla llorar.

—¡No! —gritó Alba echándose hacia atrás, y al hacerlo tropezó en la grava y se cayó al suelo dando un golpe al soporte del telescopio en su caída.

El telescopio se cayó y rodó hasta el borde de la azotea, donde, con toda la mala suerte del mundo, se precipitó al vacío a través de una parte rota de la valla.

Alba se llevó las manos a la boca ahogando un grito.

—Alba... Yo... —susurró Manuel tras ella, sabía lo que podría significar para la chica perder aquello. Estaba destrozado, no sabía qué decirle para pedirle perdón, por la tontería que le había dicho a Mikel, y por lo que acababa de pasar por culpa de eso.

Alba le miró atravesándolo.

—Te odio —exclamó envuelta en lágrimas y corrió para desaparecer de la azotea.

A la noche siguiente, Manuel llegó a casa arrastrando los pies de cansancio. Sentía algo dentro de él que no le había dejado dormir tranquilo. Quizá podría pedirle ayuda a Mikel... Al fin y al cabo, él era el mejor amigo de Alba. Decidió sincerarse con su hermano y contarle todo, seguro de que Mikel sabría lo que había que hacer, y pensó que debía coger algún trabajo extra también para poder pagarle el telescopio que le había roto a la chica.

Mikel estaba en el salón viendo la tele y su hermano se echó en el sillón junto a él.

—Estás muerto ¿eh? —le preguntó su hermano preocupado al verlo.

—Sí—reconoció el chico cerrando los ojos en un suspiro al apoyar la cabeza contra el respaldo.

—Ya hago yo la cena, dúchate—le sonrió Mikel levantándose.

—¿Qué tal está mamá? —preguntó Manuel levantándose también y estirándose.

—Ah, hoy está muy bien—sonrió su hermano.

—¿Sí? Voy a verla—sonrió Manuel—Oye, ¿luego podemos hablar? —le preguntó.

—Claro, ¿va todo bien? —se preocupó Mikel al ver su gesto.

—Sí, sí... luego te cuento—dijo Manuel deseoso de ducharse y despejarse antes de hablar con él.

Entró a la habitación de su madre para ver qué tal estaba. Cuando vio que seguía despierta se acercó a ella.

—Hola, mamá—sonrió acercándose—me ha dicho Mikel que hoy te encuentras mucho mejor—dijo cuando estuvo a su lado al pie de la cama.

—Sí, estoy mucho mejor—sonrió Anna tendiéndole la mano.

Manuel fue a darle la mano a su madre, pero al ver que la tenía llena de grasa la apartó. Anna le miró arrugando el entrecejo y no retiró la mano, esperando que Manuel se la tomara. Manuel se la limpió un poco en la camiseta y se la dio, la sonrisa de Anna se iluminó.

—Estoy muy orgullosa de ti, Manuel—dijo Anna llevándose la mano de su hijo a los labios para darle un dulce beso.

Manuel sonrió, pero un nudo en su garganta le impidió decir nada más.

—Voy a ducharme, mamá—dijo aclarándose la voz. —Descansa—le sonrió saliendo de la habitación.

Cuando Manuel ya estuvo duchado salió a la cocina donde estaba Mikel preparando la cena para los tres.

—Oye, voy a preguntarle a mamá si quiere cenar con nosotros aquí—dijo Mikel—Como hoy se encuentra mejor...

—Deja, ya voy yo—sonrió Manuel cogiendo un trozo de pan que se metió en la boca.

Llamó dos veces a la puerta de su madre antes de entrar.

—Mamá—dijo acercándose — ¿qué te parece si...—se calló de golpe al ver que parecía que estaba dormida, pero algo le alertó, su expresión no era normal. Se acercó a tocarla.

—¿Mamá? —preguntó moviéndola un poco, pero la mujer no reaccionó —¿Mamá? —volvió a

preguntarle, y se echó sobre su pecho para ver si respiraba, para tratar de oír su corazón.

—¡Mamá! —gritó moviéndola más fuerte al parecerle que no se movía aire en sus pulmones, la mano de su madre cayó inerte a su lado.

—¡Mikeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeel! —gritó.

Un sonido de platos rotos llegó desde la cocina y Mikel estaba en menos de un segundo en la habitación, frenándose de golpe contra la puerta de ésta debido a la velocidad con la que había corrido hasta allí.

Se acercó a la cama poco a poco sin querer ver lo que ya veía. A Manuel arrodillado en el suelo llorando con la frente apoyada en la mano de su madre cogida entre las suyas.



Quizá no lo veas claro, quizá el mundo sea ahora mismo un túnel sin salida, una ruina sin fin... Pero siempre, siempre, hay que tirar hacia delante, siempre hay que buscar lo positivo, siempre hay que ver el lado bueno de las cosas... Siempre.



Mikel y Alba corrían uno tras el otro, cargados con globos de agua. Era un día de calor sofocante y ambos habían tenido esa idea que se había convertido en algo realmente divertido.

Alba llevaba la parte de arriba del bikini y unos vaqueros cortos y estaba completamente empapada. Mikel llevaba un bañador y la camiseta colgándole desde un lateral, metida entre el elástico y la piel, pero no estaba tan mojado como ella.

—¡Cuidado! —se quejó Manuel dando un salto hacia atrás evitando un globo que se estrelló a sus pies.

—¿Te animas? —le preguntó Mikel sonriente enseñándole el globo que tenía en la mano.

—He quedado y paso de hacer el tonto en mitad de la calle como si tuviera cuatro años— protestó Manuel.

—Usted perdone, señor mayor—se burló Alba.

Manuel se giró hacia ella. Tenía un brillo especial en los ojos, las mejillas sonrosadas, y el pelo húmedo se le pegaba sobre los hombros, al apartárselo y recogerse en una coleta Manuel fijó sus ojos en ella por primera vez.

—No hablaba contigo, pecosa—se burló.

—¿Pecosa? ¡Yo no tengo pecas! —se quejó Alba poniendo los brazos en jarra.

—Eso no es verdad—le sonrió, y la chica arrugó la frente enfadada dando un resoplido.

—Otro día—le guiñó el ojo y siguió hacia delante, para doblar la esquina un poco después.

El tanatorio del pueblo era un lugar tranquilo y sereno, impregnado de un aire de solemnidad y respeto. Al entrar, se encontraban varias filas de sillas dispuestas ordenadamente, donde algunas personas estaban sentadas en silencio, mientras otras permanecían de pie cerca de las paredes, con gestos de pesar.

El murmullo de conversaciones se extendía por la sala, pero todos hablaban en susurros apagados, como si temieran perturbar el ambiente de reverencia que envolvía el lugar. Las voces resonaban suavemente entre las paredes, cargadas de palabras de consuelo y recuerdos compartidos sobre Anna.

El aroma fresco y dulce de las flores llenaba el espacio, con arreglos florales colocados estratégicamente alrededor de la sala. Los colores vibrantes contrastaban con la atmósfera general de calma, ofreciendo una nota de belleza natural en medio del dolor compartido.

Separado por un cristal, se podía divisar un humilde féretro de madera, adornado con algunas flores.

—Manu—le susurró Mikel moviéndole un poco, por eso empezó a despertar de su sueño.

—Manu—el chico parpadeó un par de veces no siendo consciente del todo de dónde estaba por un momento.

—Te has quedado dormido—le dijo Mikel—¿Quieres pasar a la habitación a recostarte? —Le preguntó—Yo me quedo aquí, no te preocupes.

Los chicos llevaban varias horas en el tanatorio, el entierro sería ya en poco tiempo. Todo había ido como en piloto automático. Llamaron al hospital para que confirmaran la muerte de su madre y un médico pasó junto con los servicios funerarios para retirar el cadáver.

Los vecinos se habían asomado a sus puertas ante el ruido de las ambulancias y el revuelo de un coche fúnebre en el bloque. Manuel había tomado decisiones, rellenado formularios, firmado papeles y escuchado explicaciones durante minutos que se sintieron como horas sin fin.

No había sido consciente de ninguna cara, no había sido capaz de ver ningún rostro entre todos los que le decían que lo sentían, que compartían su pena.

¿Compartir su pena? Tan solo Mikel podía compartir su pena, tan solo Mikel podía comprenderle. Y ni siquiera él...

—Voy a salir a fumar—dijo Manuel levantándose y poniéndose la chaqueta.

Al salir, se cruzó en la puerta con los padres de Alba que llegaban junto a ella probablemente para asistir al funeral de Anna.

—Lo siento mucho, Manuel—dijo María sin atreverse a abrazar al chico.

—Sí, todos queríamos a Anna—dijo Andrés, el padre de Alba. Él sí se atrevió a ponerle una mano en el hombro.

—Gracias—dijo el chico sin levantar la cabeza, sabía que eran sinceros. No quería mirar a Alba, tenía demasiado presente el recuerdo de su sueño con ella, así que salió de la estancia en silencio y cabizbajo.

Alba y sus padres se acercaron a Mikel, quien estaba sentado en un sillón en la sala contigua a donde se encontraba el féretro.

—Mikel—dijo su amiga agachándose en el suelo y abrazándose a él. El chico comenzó a llorar desconsolado. Los padres de Alba no se atrevieron a decirle nada y se sentaron en un sillón cercano.

—Alba... se ha ido... ya se ha ido... ahora estamos solos—lloraba Mikel por la pérdida.

—Yo estoy aquí—dijo Alba—y tienes a tu hermano. Manuel y tu saldréis adelante—le intentaba animar sabiendo que nada de lo que dijera conseguiría hacerlo.

Unas voces les llegaron desde fuera y todos salieron a ver qué era lo que pasaba.

—¡Ni te atrevas a entrar ahí! ¡Ni te atrevas! —gritaba Manuel a su padre justo en la puerta —
¿Vienes a comprobar si es verdad que se ha muerto?

—Manu—dijo Mikel cogiendo a su hermano del brazo—Vete de aquí, papa—le dijo a su padre sin mirarle.

—¡Vete de aquí si no quieres que te eche a patadas! —gritó Manuel soltándose del brazo de Mikel y acercándose a su padre, quien no se movía de donde estaba.

Alba corrió y se puso frente a Manuel.

—Manuel—le dijo poniendo ambas manos en su pecho, pero el chico no le hacía caso, miraba hacia su padre lleno de odio y con los puños cerrados.

—Manuel—volvió a susurrarle haciendo que esta vez sí la mirara a los ojos. Alba pudo ver que estaba destrozado, sus ojos negros le parecieron grises, como ceniza apagada.

—Vamos dentro—le susurró y Manuel le asintió sin decir una palabra y se giró para entrar.

Cuando todos estuvieron dentro, Manuel se apartó del brazo de Alba y se metió en la habitación que había allí para que los familiares de los fallecidos pudieran descansar. No volvió a salir hasta que se llevaron a Anna para el entierro.

Un par de días tras el funeral, Alba fue avanzada la tarde a casa de Mikel.

—Ah, hola, Alba—dijo Mikel sonriente—Iba a salir a dar una vuelta con Guillermo y los chicos... no tengo muchas ganas, pero me han convencido... aunque si me dices un plan mejor... —sonrió.

—Eh... yo... quería pedirte si me dejabas esperar a Manuel aquí—dijo Alba cortada.

Mikel se quedó un momento en silencio mirando a su amiga a los ojos. La conocía desde que tenía uso de razón, había sido su compinche y confidente en todas, y pudo ver claramente que ella lo necesitaba en esta. Necesitaba que la apoyara en ello, no que se opusiera.

—Claro, pasa—sonrió apartándose—volveré tarde entonces, para que podáis hablar—dijo dándole un beso en la mejilla.

—Gracias—susurró Alba.

La chica llevaba un rato esperando a Manuel y se iba poniendo cada vez más nerviosa. Decidió darse una vuelta por la casa, y sus pasos la guiaron hacia la habitación del chico.

Allí vio todas sus cosas. Tenía varios libros sobre la mesilla, y sonrió al ver que uno de ellos era el que ella le había regalado de astronomía para tontos. Una cazadora estaba puesta en una silla frente a la cómoda, y un tarro sobre ésta llamó su atención. Se acercó a contemplarlo.

Era un tarro de cristal con unas monedas y billetes pequeños dentro, con un pósito pegado fuera donde leyó "*Pecosa*". Cogió el tarro entre sus brazos y lo estrechó entre ellos, en ese momento se abrió la puerta de la habitación.

—Alba—dijo Manuel completamente descolocado al verla allí dentro. La chica le mostró el tarro de cristal con un nudo en la garganta.

—Era... estaba ahorrando para compartirte otro telescopio—dijo Manuel bajito, con un hilo de voz —Ahora ya... qué más da...—añadió bajando la vista.

Alba volvió a dejar el tarro donde lo había encontrado y recorrió la distancia que los separaba para abrazarse a él.

—Estoy sucio—dijo el chico apartando los brazos, para no tocarla con ellos.

—No importa—negó Alba tomando sus brazos y rodeándose con ellos. Manuel la abrazó y apoyó la cabeza sobre la de Alba, cerrando los ojos al sentir su olor.

Estuvieron abrazados largo rato, hasta que el chico finalmente se apartó suspirando.

—No tendrías que haber venido, Alba—dijo acercándose a sentarse en la cama.

—Quería saber cómo estabas, quería ayudarte—dijo ella acercándose a sentarse junto a él.

—Soy una mala persona, Alba—musitó.

—Eso no es verdad, yo lo sé—afirmó la chica.

—Sí que lo soy Alba... No sientas pena por mí, no me lo merezco—dijo mirándola con dolor en los ojos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alba sin comprender.

—Porque... porque me siento... me siento... *aliviado*—reconoció y hundió la cara entre sus manos para ocultar de ella sus sollozos.

—Manuel—susurró Alba abrazándole.

Manuel se echó sobre su regazo llorando sin contenerse. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba decir aquello en voz alta, que alguien le oyera.

—Te entiendo—dijo Alba—Y no eres mala persona por ello—Manuel levantó la mirada y vio que ella le estaba sonriendo, Alba tomó sus manos y le enjugó las lágrimas.

—Eres tan fuerte...—sonrió—A veces pareces un superhéroe—eso hizo que el chico sonriera también, sabía que a Alba le encantaban las historias de superhéroes—Pero solo eres humano, Manuel... no tienes que sentirte mal—le dijo.

—Siento mucho haberte llamado niña tonta—dijo Manuel—sobre todo cuando no lo pienso en absoluto. Eres la persona más maravillosa que he conocido, Alba. —Pecosa—sonrió, poniendo una mano sobre su pecho, ahí donde ella tenía las pecas.

Alba puso una mano sobre la de él y poco a poco acercó su boca a la del chico, para besarlo

dulcemente.

Ambos unieron sus labios y sus lenguas despacio, saboreando intensamente al otro mientras compartían ese momento.

Manuel no apartó la mano del pecho de Alba, y con la otra empezó a acariciarle el cabello, Alba pasó su mano sobre su cuello y poco a poco ambos fueron acomodando la postura para caer sobre la cama.

—Yo nunca he estado con nadie—susurró Alba entre los besos de Manuel.

—Yo tampoco—susurró Manuel igualmente, y ya ninguno tuvo que decir nada más, porque ambos supieron que querían que fuera su primera vez.

Manuel bajó las manos hasta la cintura de Alba, y poco a poco las fue subiendo, arrastrando su camiseta con ellas.

Y ahí se permitió hacer lo que llevaba soñando hacía tiempo: besarle las pecas.

—Pecosa—susurró, Alba soltó una risa divertida y Manuel ahogó una sonrisa sobre la piel de Alba.

Poco a poco fueron desnudándose, acomodándose mejor sobre la cama, sin dejar de acariciarse ni besarse en todo momento.

Manuel se colocó sobre ella con cuidado y la miró a los ojos.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Alba le asintió mordiéndose el labio y lo atrajo hacia sí para besarlo, el chico temblaba de emoción igual que ella.

Cuando se fundieron, ambos cerraron los ojos a la vez, abrumados ante esa nueva sensación de conectar con el otro plenamente, completamente extasiados en lo que estaban compartiendo.

Al principio sus movimientos eran torpes y desacompasados, lo que les hacía reír nerviosos. Poco a poco se fueron acoplando el uno al otro, lo que el otro deseaba, lo que al otro más le gustaba, y juntos alcanzaron el éxtasis por primera vez.

—¿Puedes quedarte a dormir? —le susurró Manuel en el oído mientras la tenía abrazada a él en su cama, desnuda acariciándole la cadera.

—No sería la primera vez—sonrió Alba.

—No sé cómo tengo que tomarme eso — se quejó Manuel.

—Tonto—se rio Alba dándose la vuelta hacia él.

—Pecosa—le dijo Manuel acercándose a darle un beso en la punta de la nariz.

El atardecer en el polígono industrial pintaba un escenario de tranquilidad y belleza sutil. La luz del Sol, que descendía lentamente hacia el horizonte, teñía el cielo con tonos dorados y naranjas suaves, creando una atmósfera cálida y acogedora.

Las fábricas y almacenes, con sus grandes estructuras metálicas y paredes de ladrillo, reflejaban los últimos rayos de sol que se filtraban entre las edificaciones.

El inicio del buen tiempo se dejaba sentir en la suave brisa que movía las ramas de los árboles plantados a lo largo de las aceras. El aire estaba fresco y limpio, lleno de la promesa de una temporada más cálida y amigable después de los días fríos del invierno.

A medida que el Sol se ocultaba lentamente, el cielo adquiría matices más profundos y oscuros, dando paso a las primeras estrellas que comenzaban a brillar tímidamente en el firmamento.

Manuel salió del trabajo y se fue derecho a su moto. Estaba cansado, deseando llegar a casa.

Quitó el pitón, se puso el casco y se levantó. Un presentimiento le hizo mirar hacia delante, justo hacia la acera de enfrente.

Su corazón estuvo a punto de salirse de su pecho al verla allí, sonriente, en la parada de autobús donde empezó todo.

Alba dio un par de pasos hacia delante para situarse justo al borde de la acera, sin apartar la mirada del chico.

Manuel empezó a andar hacia ella sonriendo también, con los ojos fijos el uno en el otro. Los meses que habían pasado, los meses en que ambos habían estado tonteando, también haciéndose daño, diciendo tonterías... Meses en que aquello había nacido...

Fue necesario tan solo un segundo para romperlo todo.

El segundo en que Alba miró hacia su izquierda al oír un claxon, el segundo en que gritó el nombre de Manuel y él se giró igualmente a ver por dónde venía el sonido que acababa de oír. El segundo en el que el coche golpeó a Manuel de lleno revoleándolo por los aires y lanzándolo a varios metros de distancia.

Alba corrió hacia él dando un grito desesperado.

El chico tenía sangre en la boca y un brazo y una pierna en una posición bastante extraña, estaba consciente, por poco, su mirada perdida se enfocó en los ojos marrones de la chica.

—Alba—susurró.

—Psss, psss, no hables—dijo Alba no queriendo tocarlo para no moverlo.

—Alba... yo... ano... anoche...

—Psss, psss. Todo va a salir bien—le dijo.

—Eso no lo sabes — sonrió Manuel como pudo.

—Tú eres muy fuerte, Manuel, eres muy fuerte—dijo Alba sin contener las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Mi mn... nombre... —suspiró. —Te quiero—susurró Manuel por primera vez y sus ojos se cerraron ya sin fuerza.

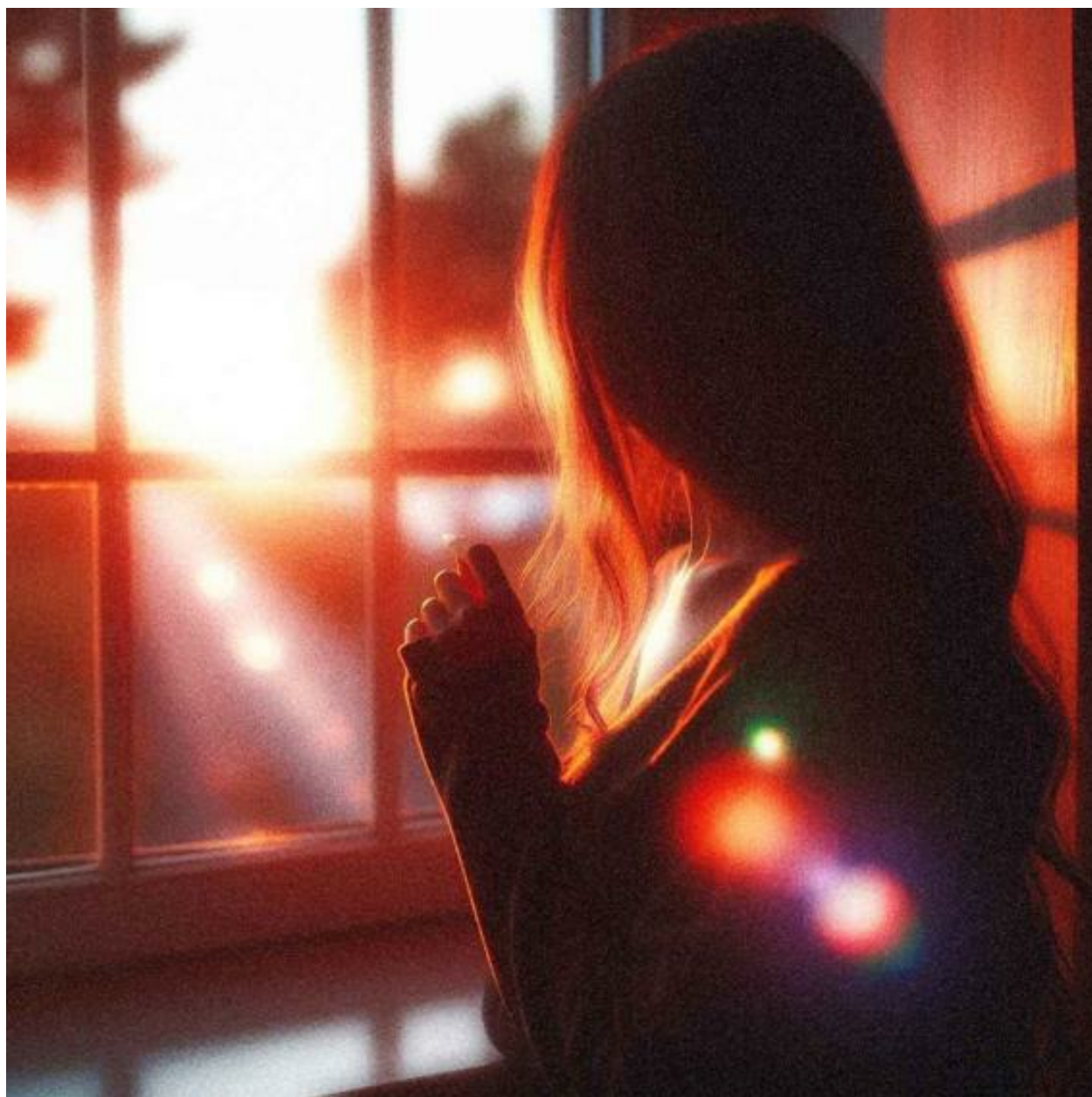
El sonido de las sirenas llegó a lo lejos.



CAPÍTULO 9

FINAL

O principio...



Alba.

Cuando los ojos de Manuel se cerraron, mi mundo entero se cerró con ellos.

No quería seguir adelante, no podía, todo se desmoronó y tan solo quise sentarme en un rincón y echarme a llorar.

Pero pensé en que eso no sería lo que él haría. Pensé en que a él no le habría gustado que yo hiciera eso. Manuel... Él era la fuerza pura, la vida le golpeó y él puso los pies en firme en el suelo y afrontó el golpe como mejor pudo.

Asumió lo que la vida le daba sin protestar y siguió adelante con una sonrisa, sin quejarse, sin detenerse.

Manuel me enseñó a ser fuerte, me enseñó a vivir, mi amigo, mi vecino, mi amor... mi superhéroe...

Le pedí a Mikel que me dejara el bote que Manuel tenía en su habitación, aquel con mi nombre en un pósit y unas pocas monedas y billetes echados, como si alguien hubiese soltado el cambio de sus bolsillos. Los dos, el bote con las monedas y la caja de zapatos, me acompañaban desde entonces en mi mesita de noche.

Mikel, aunque por poco, era menor, como yo, por lo que tendría que haberse ido a vivir con su padre después del accidente de Manuel. Hablé con mis padres y mi padre habló con el suyo para decirle que quería hacerse cargo de la manutención de Mikel, que quería que Mikel viviera con nosotros hasta su mayoría de edad. Su padre no puso ni un problema para no hacerse cargo de su hijo, lo que a ninguno nos sorprendió, pero todos agradecemos que Manuel no pudiese oírlo.

Mikel no me comentó nada, pero se alegró de que ahora fuésemos "hermanos" si es que no lo habíamos sido ya con creces, con la salvedad de que no vivíamos juntos.

Él se esforzó en sacar sus estudios, como Manuel le había pedido, se esforzó como nunca, y todos los profesores le felicitaron por el cambio, al igual que mis padres. Pero Mikel nunca abrió la bolsa del portátil que le había regalado Manuel. Y yo no le dije nada.

Manuel me enseñó a ver la vida con otros ojos, me enseñó lo que era la fuerza... Él, que era la fuerza misma.

Manuel llevaba demasiado peso sobre sus hombros, demasiado para alguien de su edad, demasiado para cualquiera. Se sacrificó por todos sin pensárselo, como un superhéroe. Por eso yo sabía que necesitaba descansar.

Pero también sabía que iba a despertar.

Mikel también lo sabía, ninguno lo habíamos comentado, pero los dos lo sabíamos. Eran esas cosas que nos decíamos el uno al otro con una sonrisa, solo mirándonos.

Así que nos tomábamos de la mano e íbamos juntos al hospital, y allí pasábamos la tarde leyéndole y hablándole, recargándonos con su energía. Porque él era la fuerza en nuestras vidas, aun cuando descansaba.

Yo confiaba, yo tenía fe en que despertaría. Los superhéroes no mueren en la película, y menos aún no se despiden de la chica con un beso. Y nosotros no habíamos podido besarnos, porque yo no le había quitado a Manuel el casco de la moto que aún llevaba puesto cuando el coche le atropelló. El casco que nos habían dicho que le había salvado la vida, y que reposaba sobre la mesita de noche de Mikel, junto a la foto que él y Manuel habían tomado con su madre en las pasadas navidades.

Aquella tarde cuando llegamos comentando las notas del último examen de física, en el que Mikel había sacado por fin un notable, no nos dimos cuenta de la gran sonrisa con la que nos recibían todas las enfermeras.

Al entrar en la habitación, Manuel no estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados... No. Estaba sentado con los ojos abiertos y girado mirando hacia la ventana.

Mikel y yo corrimos a su lado, y nos echamos sobre él, recibiendo enseguida las quejas de Manuel por nuestra efusividad.

—Manuel—susurré yo, porque Mikel no podía hablar, tenía cara de pucheros y un nudo enorme en la garganta.

—¿Me has echado de menos, pecosa? —me preguntó.

—Sí—asentí yo.

—Pues yo a ti no—me dijo con sonrisa de lado, riéndose de mí como siempre—porque he estado soñando contigo—susurró tomándome de la mano.

Yo sonreí, miré a Mikel y también estaba sonriendo. Extendí mi otra mano para tomar la suya.

Las cosas no iban a ser fáciles de golpe, aún nos quedaba mucho camino por delante, pero antes tampoco lo habían sido y nada de eso había detenido a Manuel. Ni tampoco a nosotros.

Porque no importa lo que la vida haga contigo, no importa lo que recibas. Importa lo que tú hagas.

Eso es lo que me enseñó mi Manuel.

Mi superhéroe...

Acerca de la Autora:

Déjame hablarte un poco de mí, lector.

Leer y escribir son como andar para mí, algo que hago sin darme cuenta, todos los días... Aunque he pasado cierto tiempo sin querer hacer ninguna de las tres cosas.

Me hundí.

Pero al igual que los protagonistas de esta historia, me he levantado.

Gracias por llegar hasta aquí y darle una oportunidad a este libro.

Espero que te haya gustado.

Si quieres leer alguna más de mis obras... visita este [ENLACE](#)